

Por vez primera se publicaron las poesías de Garcí-Lasso, bastantes años después de su muerte, merced al diligente cuidado de la viuda del poeta Juan Boscán, que las hizo imprimir unidas á las de su difunto marido. Si Garcí-Lasso hubiese dirigido la edición de sus poesías, es probable que no hubiera consentido de buen grado en que viesen la luz pública las varias composiciones eróticas que escribió después de casado con doña Elena de Zúñiga, y que, en verdad sea dicho, no están inspiradas por el amor á su esposa.

Desde el momento que fueron públicamente conocidas las obras poéticas de Garcí-Lasso, la fama celebró sus perfecciones, y los críticos é historiadores literarios asentaron como verdad inconcusa que Garcí-Lasso de la Vega merece el nombre de *Príncipe de los poetas líricos de España*, porque sus producciones son las que más han contribuido á transformar nuestra ruda poesía de la Edad Media en la elegante musa del Renacimiento, que ha traído á nuestra patria el refinado gusto de la cultura italiana (1).

de su forma externa, cuando sus autores conocían los secretos del lenguaje y las maravillas de la palabra.

Señalar todos y cada uno de los defectos que supo evitar Garcí-Lasso en sus églogas, dada la falsedad del género de éstas poesías en la época en que las escribió, traspasaría los límites de la presente nota; baste lo que en el texto indicamos con mucha mayor brevedad de lo que el asunto requería.

(1) Tratando D. Francisco Martínez de la Rosa, en las notas de su *Poética*, de la armonía de los versos, dice que en este punto *Garcí-Lasso es el más acentuado de nuestros poetas*, y añade que los versos que á continuación insertamos ofrecen un modelo de cadencia, cuál pudiera hallarse en la música más apacible:

«Cual suele el ruiseñor, con triste canto,
Quejarse, entre las hojas escondido,
Del duro labrador que cantamente
Le despojó su dulce y caro nido
De los tiernos hijuelos, entre tanto
Que del amado ramo estaba ausente;
Y aquel dolor que siente
Con diferencia tanta,
Por la dulce garganta
Despide, y á su canto el aire suena;
Y la callada noche no refrena
Su lamentable oficio y sus querellas,
Trayendo de su pena
Al cielo por testigo y las estrellas», etc.

Y en otro lugar de las dichas notas exclama el autor del *Edipo*:

«¡Qué lengua tan bella, en la que pudo decir el amor por boca de Garcí-Lasso:

«Flácida para mí dulce y sabrosa
Más que la fruta del cercado ajeno,
Más blanca que la leche, y más hermosa
Que el prado por Abril de flores lleno!»

Como modelo de dulzura, cita Martínez de la Rosa los conocidos versos de Garcí-Lasso:

«Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba;
Por tí la verde yerba, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa
Y dulce primavera desataba.
¡Ay, cuánto me engañaba!
¡Ay, cuán diferente era,
Y cuán de otra manera,
Lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro con su voz me lo decía
La siniestra corneja, repitiendo
La desventura mía.
¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!»

«¡Con qué ternura tan natural, dice Martínez de la Rosa, se lamenta un pastor en la égloga primera de Garcí-Lasso!

«¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores,

VL

LA TEORÍA DE LA IMITACION DE LOS ANTIGUOS POETAS.
JUICIOS ACERCA DE GARCÍ-LASSO DE LOS SEÑORES MUNARIZ, GIL DE ZÁRATE Y ALCÁNTARA GARCÍA.

Se dice que Boscán intentó introducir en España la *manera de ser*, valga la frase, de la poesía italiana; pero que sus esfuerzos hubieran sido vanos ante la oposicion de la escuela tradicionalista española, acudida por Cristóbal

Que había de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario día
Que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto,
Que á sempiterno llanto
Y á triste soledad me ha condenado;
Y lo que siento más es verme atado
A la pesada vida y enojosa,
Solo, desamparado,
Ciego, sin lumbré en cárcel tenebrosa.
» Después que nos dejaste, nunca puse
En hartura el ganado; ya no acude
El campo al labrador con mano llena;
No hay bien que en mal no se convierta y mude;
La mala yerba el trigo ahoga, y pade
En lugar suyo la infelice avena;
La tierra que de buena
Gana nos producía
Flores con que solía
Quitar en sólo vellas mil enojos.
Produce en cambio agora estos abrojos,
Yá de rigor de espigas intratable,
Y yo hago con mis ojos
Crear, bonando, el fruto miserable.»

Y en otro lugar añade: «Garcí-Lasso sabe mejor que ningún otro poeta cómo debe un pastor enamorado representarse en su imaginacion la felicidad de la otra vida, y cómo debe hablar á su difunta Elisa:

«Y en la tercera rueda
Contigo mano á mano,
Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes y otros rios,
Otros valles floridos y zombrios
Do descansar, y siempre pueda verte
Ante los ojos míos,
Sin miedo y sobresalto de perderte.»

» Esto si es bello, inimitable; á un hombre criado en la ciudad no pueden ocurrirsele estas ideas; pero un pastor debe figurarse la felicidad del cielo semejante á la que se disfruta en la tierra, con la ventaja inapreciable de que allí no le inquietará el recelo de perder á su amada.

» Las ideas, las comparaciones, los objetos á que se refiere un pastor, todo debe tomarse de la vida campesina y estar al alcance de un rustico; para expresar la muerte de su querida, Garcí-Lasso se vale de esta imagen tierna y sencilla:

«De esta manera suelta yo la rienda
A mi dolor, y así me quejo en vano
De la dureza de la muerte afada.
Ella en mí corazón metió la mano,
Y de allí me llevó mi dulce prenda,
Que aquél ora su nido y su morada.
¡Ay, muerte arrebatada!»

El célebre polemista D. Juan Pablo Forner, exponiendo sus ideas sobre el miserable estado de la poesía lírica española en los últimos años del siglo XVIII, decía lo siguiente:

«Veo que ó se escriben absurdos gongorinos ó trivialidades lusitanas; que en unos la imaginacion es frenética, y en otros no hay rasgo de imaginacion; que ó se continúa con aumento la misma corrupcion que se experimentó á principios de este siglo, ó si se pretende reformar esta corrupcion, caen en una languidez intolerable los mismos reformadores, ó bien, creyéndose hombres de gusto exquisitísimo, producen extravagancias más abultadas que las que nos hacen reír en los que *gerundian*.»

Hé aquí indicada la suprema dificultad de la inspiracion poética; no perderse en las oscuras nubes del gongorismo, no caer en la sima del prosaísmo. Es necesario no confundir la facilidad y la fluidez, y aquí volvemos á copiar las palabras de Martínez de la Rosa, que tanto hermosean la versificación, con

de Castillejo, á no ayndarle la inspiracion de Garcí-Lasso y de sus imitadores D. Diego Hurtado de Mendoza, Hernando de Acuña y algunos otros. Pero, así como han pasado los libros de Caballerías, y queda en pié el mérito singular de su inmortal crítico Miguel de Cervántes, así tambien ha pasado la controversia entre los poetas partidarios de la reforma de nuestra poesia conforme al gusto italiano, y los adversarios de esta reforma, y subsistente queda el aplauso que alcanzó en su tiempo Garcí-Lasso, porque su inspiracion produjo poesías que serán siempre

la negligencia y desaliño que la envilecen y deshonran. Admiro la primera dote cuando canta un pastor en una égloga de Garcí-Lasso:

«Corrientes aguas, puras, cristalinas,
Árboles que os estais mirando en ellas,
Verde prado, de fresca sombra lleno,
Aves que aquí sembráis vuestras querellas,
Yedra que por los árboles caminas,
Toriendo el paso por su verde seno,
Yo me vi tan ajeno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba,
Donde con dulce sueño reposaba,
O con el pensamiento filosofaba,
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría.»

«Léjos de descubrirse aquí el trabajo del poeta y el esmero del arte, no parece sino que las palabras se han ido eslabonando por sí mismas, y que los versos corren tan fáciles como el pensamiento.»

Por último, como modelo de armonía imitativa, diestramente empleada, cita Martínez de la Rosa los versos que se hallan en el texto de este escrito: «*Ves el furor del animoso viento?* etc., y ademas los siguientes, que sirven de contraste con los ya dichos:

«Cual ancla, acompañada de su bando,
Aparecer la dulce Primavera,
Cuando Pavonio y Céfiro soplando,
Al campo tornan su belidá primera,
Y van artificiosas esmalitando
De rojo, azul y blanco la ribera,
En tal manera á mí, Plérida mía,
Viniendo, reverdece mi alegría.»

Hemos insistido, quizá más de lo que consienten los límites de una nota, en citar una y otra vez las apreciaciones de D. Francisco Martínez de la Rosa acerca del mérito de las poesías de Garcí-Lasso, porque este distinguido preceptista literario es quien ha juzgado más severamente al cantor de Eliso. Los elogios de los críticos que se convierten en panegiristas tienen siempre muy escasa autoridad; pero no sucede así con las opiniones de los que al lado de las alabanzas saben poner las censuras, y en este caso se halla Martínez de la Rosa cuando dice que, aunque Garcí-Lasso puede considerarse, por la cadencia de sus versos, como el más dulce de nuestros poetas, ha escrito endecasilabos tan duros como los siguientes, á los cuales no se les puede dar el nombre de versos:

«Diversamente así estaban oliendo...»
«El largo llanto, el desvanecimiento...»
«Y caminando por do mi ventura...»
«¿Cómo pudiste tan presto olvidarme?...»
«O lobos, ó osos que por los rincones...»
«Adios, montañas; adios, verdes prados...»
«Un campo lleno de desconfianza...»

El sesudo censor que, como Martínez de la Rosa, no se deja deslumbrar por el brillo de la gloria, y rindiendo tributo de entusiasmo al genio del poeta, reconoció las excelencias de sus versos, sin que por esto desconozca sus defectos; el censor que así procede presenta valerosos títulos para que sus elogios no se confundan con la górrula apología que suelen hacer de Garcí-Lasso los que tal vez jamás han leído sus obras y quieren pasar plaza de peritos en poesia, siguiendo la corriente de la opinion ó exagerando los elogios del poeta, como prueba de que su exquisito gusto descubre bellezas literarias, que pasan inadvertidas para el vulgo de las gentes. Este es el origen y fundamento de muchos desmedidos elogios que á los poetas se consagran. No pueden confundirse con tales panegiricos los razonados elogios que hace de las poesías de Garcí-Lasso el biógrafo de *Hernán Pérez del Pulgar*, y esta es la causa que nos ha impulsado á presentar un extracto de ellos en la nota que aquí se termina.

estimadas como joyas del Parnaso castellano; aun cuando hoy se consideran como defectos lo que en la época de su publicacion se miraba como sus mayores excelencias. Y así es la verdad. El Brocense dijo que necesita imitar (esto es, imitar otros poetas) *el poeta que no quiera condescenderse á no ser imitado de nadie*; y tan inexacta afirmacion se aceptaba como artículo de fe literaria en la época del Renacimiento. Garcí-Lasso es poeta, y buen poeta, no por sus frecuentes imitaciones de otros poetas, sino á pesar de estas imitaciones; Garcí-Lasso es poeta, y buen poeta, por la acertada forma con que sabia presentar sus pensamientos, por la armonía de sus versos, por el buen gusto de las imágenes que usaba; y más aun, Garcí-Lasso es poeta verdaderamente lirico, porque expresa sus íntimos sentimientos, lo mismo cuando adopta las ficciones de la poesia bucólica y se viste y viste á sus amigos con el pastoril pellico, que cuando conserva la forma personalmente expositiva, como en sus canciones, sonetos y elegías.

Si imitando Garcí-Lasso á los antiguos autores clásicos, quiere pintar el amor como una enfermedad del alma, como un castigo de los cielos, como un verdadero mal, escribe una canción, más metafísica que poética, pintando la lucha de la razon y las pasiones, y el soneto que empieza: *Cuando me paro á contemplar mi estado*; pero sus ideas y sentimiento no le permiten perseverar en este camino, y recordando que es cortesano galanteador, deja que su musa ensalce las dichas del amor, poniendo en boca de un pastor desdichado, que habla de su rival correspondido:

Y cierto no trocará mi figura
Con ése que de mí se está riendo,
Trocará mi ventura.

Caballero tan galán y apuesto como lo era Garcí-Lasso, de seguro que sabia por propia experiencia que el amor correspondido, si es enfermedad del alma, su remedio sólo puede hallarse en otro nuevo amor tambien correspondido; *similia similibus curantur*, como hoy dicen los discípulos de Habnemann.

Ha observado el abate Marchena que Garcí-Lasso es quizá el único poeta de su tiempo que no ha escrito versos devotos; y esto es así, porque el valeroso Maestre de Campo de los ejércitos de Carlos V más dispuesto se hallaría á defender la fe de sus mayores con la punta de su espada, que á dejar que su alma se entregase á los contemplativos arrobamientos de la inspiracion mística, y antes que escribir poesías artificiales, poesías no sentidas—permítase la frase—guardaba respetuoso silencio; y comprendiendo intuitivamente la índole propia de la poesia lirica, cantaba, como ya antes indicamos, los sentimientos que *de veras* agitaban su espíritu; y algunas veces conseguia expresarlos tan acertadamente, que el adusto crítico D. José Luis Munariz decía que *era el primero que habia hecho sonar en castellano unos versos tan bellos como los siguientes*:

Por ti el silencio de la salva umbrosa,
Por ti la equividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba;
Por ti la verde yerba, el fresco viento,
El triste lirio y colorada rosa,
Y dulce primavera desceaba.

¿ Ves el furor del animoso viento,
Embravado en la fragosa sierra,
Que los antiguos robles ciento á ciento
Y los pinos altísimos atierra,
Y de tanto destrozo aún no contento,
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esa furia comparada
Á la de Filis con Alcino airada.

«De ningún poeta, dice D. Antonio Gil de Zárate, hablando de Garcí-Lasso, se saben, tal vez, más trozos de memoria; ninguno es más conocido de los extranjeros, y ninguno durará más mientras exista la lengua castellana.» Y D. Pedro Alcántara García, en su *Historia de la literatura española*, dice así: «Su frase es siempre natural, sencilla y adecuada al asunto, y su versificación, dulce, sentida y armoniosa. Los conceptos son tiernos y delicados y respiran siempre verdadero sentimiento. En suma, el fondo y la forma van constantemente acordes en las producciones de Garcí-Lasso..... No es extraño, por lo tanto, que fueran sus admiradores: el Brocense, que ha hecho notar las excelencias de sus obras y las bellezas de su estilo; Cervántes, que alude á él con frecuencia en su inmortal *Quijote*, y dijo que no tenía rival; Lope de Vega, que le imitó y le tuvo por el primero de nuestros líricos, y, en fin, muchos filólogos, que aseguran que nadie como Garcí-Lasso ha conocido los secretos del lenguaje» (1).

VII.

IDEAS GENERALES ACERCA DE LOS CARACTÉRES DISTINTIVOS DE LAS OBRAS MAESTRAS DE LA LITERATURA, Y APLICACION DE ESTAS IDEAS AL JUICIO SOBRE LAS POESÍAS DE GARCÍ-LASSO.

¿Se deduce de todo lo anteriormente dicho que las poesías de Garcí-Lasso carecen de defectos? No en verdad. Menudamente se hallan señalados estos defectos por don José Luis Munarriz, en su traducción de las *Leciones sobre la Retórica y Bellas letras*, de Hugo Blair; por Hermosilla, en su *Arte de hablar en prosa y verso*; por Martínez de la Rosa, en las notas de su *Poética*, y por D. José Fer-

(1) Sin embargo de que es exacto lo que aquí dice el Sr. Alcántara García, también lo es que Lope de Vega no fué muy partidario de lo que hoy algunos críticos llaman *escuela poética italo-española*, y así lo confirman los siguientes versos que puso en la segunda parte de su *Pitámeto*:

« Con los versos extranjeros,
En que Lasso y Boscán fueron primeros,
Perdimos la agudeza, gracia y gala,
Tan propia de españoles,
En los conceptos solos
Y en las sales fenices;
Y así ninguno lo que trota iguala,
Y son en sus escritos infelices.
Pues ninguno en el método extranjero
Puso su ingenio en el lugar primero.»

Obsérvese en estos versos que la intuición del poeta Lope de Vega aventajaba al pensamiento reflexivo de los eruditos de su tiempo, que pretendían, por la imitación del *método extranjero*, poner su ingenio en el lugar primero.

nandez Espino, en el primero y único tomo publicado de su *Curso histórico-crítico de la literatura española*. Pero sin negar la justicia de las censuras de estos críticos, aún hay tanto que alabar en obras de Garcí-Lasso que no parece exagerado el título de *Príncipe de los poetas líricos castellanos*, con que generalmente se le designa, ni el nombre del *Petrarca español*, que los extranjeros suelen darle.

Fuerza es confesar, sin embargo de todo lo expuesto, que no es la lírica el género poético donde más brillante aparece el ingenio español. Los más gloriosos monumentos de nuestra literatura nacional son, como ya es muy sabido, el *Quijote*, el *Romancero* y el *Teatro de los siglos XVI y XVII*. ¿Y por qué? La razón es obvia. Léjos de ser verdad la máxima del Brocense, *el que no imite no será imitado*, máxima convertida en regla de aplicación práctica por la inmensa mayoría de nuestros líricos; léjos de ser verdad que sea necesario imitar las obras maestras de los pasados tiempos para poder producir obras dignas á su vez de ser imitadas, parece demostrado que los dos caracteres más esenciales que presentan las obras de primer orden es que en ellas se reflejan las costumbres del pueblo y las ideas del tiempo en que fueron escritas. Nada hay de griego ni de romano en el *Quijote*, en el *Romancero*, ni en nuestro *Teatro*. Españoles son los rasgos característicos de D. Quijote y Sancho Panza; española es la legendaria figura del Cid Campeador; españoles son las damas y las dueñas, los galanes y los graciosos de las comedias del gran teatro que comienza en Lope de Vega y termina en Calderón.

La originalidad, no la extravagancia, es el mayor mérito del poeta. El carácter de nacionalidad, que podría llamarse la originalidad colectiva, es el mayor mérito que pueden presentar las creaciones del arte literario en su conjunto consideradas.

El poeta que con más acierto consigue reflejar el espíritu del pueblo y tiempo en que vive, y dentro de este carácter de sus obras, á la vez particular y transitorio, sabe elevar su inspiración hasta las regiones de lo universal y de lo eterno, realiza los más altos fines á que el arte puede aspirar. Así Cervántes; así Shakespeare; así Goethe.

No es culpable Garcí-Lasso de que la lírica castellana, casi desde sus comienzos, cuando ménos desde los poetas eruditos de la corte de D. Juan II, haya seguido los falsos senderos de la imitación de los *modelos escritos*, olvidando la única imitación conveniente, la de la bella naturaleza; y es maravilloso que la viveza de su fantasía y la ternura de su corazón, sobreponiéndose á las falsas doctrinas literarias que profesaba, le hayan inspirado acentos de verdadero lirismo, frases calorosas, imágenes espontáneas, y otros muchos primores que en sus poesías se advierten. Así Garcí-Lasso puede considerarse como la más alta representación de nuestra poesía erudita; puesto que, aún cuando existan poetas que le son superiores en algunas cualidades, sólo en el cantar de Elisa aparecen reunidos los rasgos culminantes del carácter español, hasta donde era posible que se manifestasen dentro de los estrechos moldes de la literatura neo-clásica en la época del Renacimiento.

LUIS VIDART.

Madrid, 10 de Julio de 1882.



MIRANDO AL CIELO.

Por la noche, en los sitios más solitarios,
la grandeza del cielo miro extasiado;
y el alma mía,
que ausencias llora,
de nube en nube
se eleva ansiosa.

Me alejo de este mundo, donde por fuerza
el alma desterrada se ve sujeta,
y entónces creo
que me acarician
seres que en torno
de mí palpitan.

Oigo voces confusas; alguien me llama,
y percibo un ligero batir de alas,
cual leve vuelo
de mariposa,
que dulcemente
mi frente toca.

Un aire de suspiros mi sien orea,
y luégo en el espacio surge una estrella
blanca y hermosa,
de luz radiante,
que nunca falta,
que siempre sale.

De las otras estrellas la luz tranquila
ante mis ojos húmedos apenas brilla;
pero el lucero,
que á mi me busca,
me envia rayos
que me deslumbran.

Y al llegar á mis ojos sus resplandores,
creo advertir en ellos, más cada noche,
la luz ardiente
de una mirada
de aquellos ojos
que yo adoraba.

Aunque el cielo se cubra de negras nubes,
esa estrella á mi cita puntual acude,
y de las sombras
rasgando el velo,
cuando yo miro,
brilla á lo léjos.

No es de mi fantasia delirio vano;
siempre, cuando la busco, me sale al paso.

Luz que mitigas
asi mis penas,
¿si serás su alma,
si serás ella?

RICARDO SEPÚLVEDA.



«GALA CON UNIFORME.»—(CUADRO DE D. G. BROWN.)

EL PROTECTOR.

(RECUERDOS DE UN PROVINCIANO.)

EL día en que enterraron á mi padre, sólo tuve un consuelo en medio de mi desgracia: la satisfacción de la conciencia por haber pagado todas sus deudas con los enseres de la casa cuando salí de ella para siempre. Falto completamente de recursos, visité á todos mis parientes y amigos, y estas visitas me tranquilizaron, pues resultó que todos ellos vivían casi de milagro, y siendo esto evidente, calculé que la Providencia no haría conmigo una excepción.

Contribuía á darme confianza la seguridad que inspiraba mi porvenir á todos mis paisanos. Convenían unánimes en que no podía ni debía continuar viviendo en aquel pueblo.

—Aquí no hay recursos, ni empleos, ni manera de salir adelante—decía el nno.

—El pueblo está lleno de gente y no cabemos todos—añadía otro.

—Sólo puedes hacer carrera en Madrid—exclamaba aquél.

—¡Y qué fortunas se consiguen!—decía una tía lejana.

Sólo manifestó algunas dudas la tímida Clotilde, sobrina del cura, con la cual había cambiado muchas veces miradas cariñosas; pero su voz fué ahogada por una protesta general.

—Los jóvenes deben volar—dijo un vecino;—y todos convinieron con él ménos Clotilde, que no quería que volase.

En un arranque de generosidad, echaron un guante en fa-

var mio, y aquella misma tarde fui empujado por parientes y amigos hácia el pescante de la diligencia, mientras yo lloraba de gratitud entre aquellas gentes filantrópicas, que apresuraban al mayor temiendo que la tardanza retardase mi carrera. El recaudador de los fondos me puso seis duros en la mano, exclamando con acento solemne:

— Todo esto es para tí.

La rubia y encarnada Clotilde, entre avergonzada y llorosa, colocó á mis piés un abultado cesto, diciéndome con acento conmovido: «Toma la merienda.» Procuré despues sonreírse para quitar importancia á su regalo, pero las lágrimas borraron la sonrisa... y partió la diligencia.

Recuerdo como un sueño aquel viaje: la muerte de mi madre, mi aislamiento, la gratitud, Clotilde, el porvenir, los paisajes que mi vista recorría, todo me producía una especie de mareo. Sin saber cómo, me encontré en Madrid, aturdido de tanto movimiento. El coche se detuvo, bajamos todos, y me encontré, sin saber qué hacer, delante de mi maleta y del cesto, aún intacto, de Clotilde. Los sueños habian acabado y empezaba la realidad, que me era más sorprendente y extraña que los sueños. La decoracion me parecia de *Las Mil y una noches*, y mi situación, de esas para las cuales los poetas, con gran sentido práctico, han inventado genios y hadas que conducen de la mano é indican su camino al viajero extraviado.

Comprendí la necesidad de un amigo, y sólo vi rostros indiferentes: entónces me persigné con devocion y pedí amparo á la Virgen: desde aquel instante noté que la indiferencia de los que me rodeaban cesaba por completo; casi todos me miraban sonriendo: lo atribuí á efecto milagroso de la oracion: pero pronto observé que eran sonrisas burlescas. De todos modos, experimenté cierto alivio en mi espíritu: Madrid se reía de mí; ya no le era indiferente.

Examiné varias fisonomías, para elegir un mentor que me guiase, y casi todas me parecieron frías y reservadas para intentar una confidencia. Una circunstancia me hizo fijarme en un individuo alto y delgado, de ojos vivos, nariz corva y rostro entre serio y cómico, que llevaba un traje ménos nuevo y un sombrero más viejo que el de los demas. Había dirigido una galantería tan ruidosa á una mujer, que sonó en torno suyo una carenjada general: su voz era enérgica y simpática; estaba inmóvil en la acera, y se distraía en requebrar á las buenas mozas que pasaban por la calle.

Miréle fijamente, y me miró; adelanté un paso, y me detuve: debió comprender mi timidez, porque se acercó á mi sonriendo. Su aire franco me infundió confianza y le expuse mi triste situación.

— ¿Tras V. fondos?—me preguntó con interés.

— Seis duros solamente.

— No hay que pensar en fondos ni en posadas: dé usted gracias á Dios por habérse dirigido á mí—repuso con gravedad cómica:—le admito á V. de huésped en mi casa; precisamente buscaba un compañero, porque me sobra habitación.

Un mozo cargó con el cesto y la maleta, y en el camino, que fué muy largo, mi protector me explicó que en la casa de huéspedes más económica, sólo hubiera podido vivir con mi capital unas dos semanas.

— Ya estamos cerca—añadió;—vivo en un piso alto de la calle de Amanuel; no hay lujo en mi casa; pero soy sobrio y

de fácil contentar; me llamo Leopoldo Céspedes, y aquí donde me ve V. soy hijo de un ministro, de aquellos que dejaban pobres á sus hijos. En cuanto á los fondos de usted, procurarémos aumentarlos. Soy sobrino de un banquero.

El edificio en que entramos me pareció más antiguo que los demas: el piso á que subimos era el último; la puerta estaba cuarteada, y Leopoldo la abrió diciendo: «Está usted en su casa.»

En la primera habitación, que era una cocina amarillenta, no habia ningun trasto; seguía una habitación amueblada con un cajon vacío, encima del cual habia una lata, como de sardinas, clavada en la pared.

— Esta es la sala de fumar—dijo Leopoldo—y aquella, nuestra alcoba.—La miré, y sólo habia un colchon raquítico en el suelo, y otro cajon, encima del cual habia una jofaina, un pedazo de espejo, un peine y varios clavos.

— Ya ve V. que sobra casa—dijo Leopoldo seriamente mientras yo contenía con dificultad la carenjada.—La maleta y el cesto de V. aumentan nuestros muebles: todas las sociedades son humildes en su origen; Madrid era, hace mil años, un simple castillo: con acierto y buena dirección, hemos de hacer grandes progresos. Por ahora, nadie nos podrá negar que en esta habitación hay desahogo, y además, como el piso es alto, tenemos buenas vistas.

Despedido el mozo, mi nuevo amigo me invitó á abrir la maleta para hacer el inventario de la ropa.

— No es mucho el contenido, pero es lo suficiente: un traje en buen estado, cuatro camisas y alguna ropa más menuda: tenemos para un año; y destapando el cesto, vió con sorpresa y alegría que aún estaba lleno.

— Suspendamos todo comentario y vamos á almorzar—añadió sacando el otro cajon;—séntese V. en uno de los dos, y nos servirá de mesa la maleta; sólo le ruego que tenga usted cuidado con el asiento, porque ha de saber usted, amigo Enrique, que estos dos muebles son prestados.

Hicimos los honores, con verdadero apetito, á la merienda de Clotilde; una gallina, un buen trozo de jamon, un pan, una botella de vino y otra de agua, y dos manzanas cuidadosamente envueltas en papel.

— Esta para mí—dijo Leopoldo, tomando delicadamente la menor;—tiene papel de seda, y aunque escrito, me servirá para hacer unos cigarros. Dividió el papel en trozos, y descolgó la lata de sardinas, que era su tabaquera.

— Ahora que hemos almorzado espléndidamente—dijo encendiendo un cigarro—empezarémos suprimiendo el tratamiento, y te explicaré, amigo Guevara, el órden que hemos de seguir, y cómo pienso asegurarnos una posición cómoda y holgada. Seis duros gastados lentamente no nos durarian un mes con la mayor economía; es indudable que debemos emplearlos. Pero aún haciéndonos usureros, y prestándolos al rédito mayor que se conoce, el de peseta por duro á la semana, sólo tendríamos seis pesetas todos los domingos, con cuya renta no pueden vivir dos; si fueras solo y tuvieras siete duros, te aconsejaria que hicieses el negocio, que te produciría una peseta diaria hasta el día de tu muerte, dejando á tus herederos íntegro el capital. Nuestro vecino, D. Alejo, tuvo diez duros siendo jóven, y siendo septuagenario vive de ellos todavía, y se le han convertido además en miles de reales. Por otra parte, esa es-

peculación repugna á mi carácter. Hay que pensar en otra.

Yo escuchaba con interés, comprendiendo solamente que mi escaso capital se había reducido á la mitad, perteneciendo á dos lo que poco ántes era mío sólo.

—Pues bien, Enrique, tengo el negocio. Es indispensable dar tres golpes á ese capital.

—Es decir, exponerlo tres veces á la suerte....—respondí con terror.

—Justamente. Jugamos los seis duros á una carta, y la ganamos; hacen doce. Exponemos los doce, y hacen veinticuatro, que se convierten en cuarenta y ocho al ganar la vez tercera. Entonces nos retiramos y tenemos nuestro porvenir asegurado.

—Pero ¿y si se pierde el dinero?—añadí con ansiedad.

—¿Por quién me tomas?—Repuso con acento tranquilizador.—¿Crees que he de jugar nuestra única esperanza, toda nuestra fortuna, á cartas que no salgan? Se juega con descuido lo que no tiene importancia: yo observaré el juego, haré cálculos tan sutiles y perfectos, que cuando mi dinero caiga en la mesa, no tenga el banquero más remedio que pagarlo.

—¿Y si á pesar de todo nos quedásemos sin nada?—añadí con alguna desconfianza.

—En ese caso, yo me encargo de tu suerte; ya ves, la pérdida sería para mí, que habría contraído una verdadera obligación. Pero no dudes ni un momento. Y si con seis duros hago cuarenta y ocho, ¿creerás que con cuarenta y ocho padré sacar un duro cada día?

—Eso es más posible—dije convencido.

—Eso es seguro—contestó con entusiasmo,—y un duro diario bien administrado, da para vivir hasta con lujo: con dos reales se almuerza pan y queso; por seis, nos darán en la calle de Jardines un cubierto, del cual pueden comer dos; un real de casa, y el real que resta hasta medio duro, para vicios, quedándonos otro medio duro diario, el cual pienso invertir en adornar nuestro domicilio. Y figúrate lo que se puede hacer cada mes con quince duros, saliendo á comprar muebles al Rastro. He visto allí adquirir tapices de Goya por dos duros; carnicopias de admirable valor, casi de balde; marcos de ébano, regalados, y escritorios con incrustaciones de nácar y marfil, á bajo precio. No es imposible hallar en esos muebles, examinándolos con cuidado y destruyéndolos si es preciso, secretos en que guardó algún avaro las ricas peluconas que ya sólo existen en los monetarios. Si no descubrimos ningún tesoro, ¿qué más tesoro que esos muebles? Acaso no quepan todos aquí; pero ya tengo en qué emplearlos: llamaré á D. Carlos Rivera, pintor de mucha fama, y le diré: «Necesito que me pinte V. en ese techo un fresco que pueda competir con los de Miguel Ángel: elija V., en pago, entre estos objetos artísticos, cuyo verdadero valor V. conoce, lo que haya de servir para justa retribución de su trabajo.

Y Leopoldo, entusiasmado, no teniendo otro objeto delante, ni á los lados, señalaba á su lata de sardinas.

Pero si nuestros muebles se hacen excesivos, con su producto estucaremos la alcoba, colocaremos puertas talladas y alfombraremos la escalera, y en eso que es cocina, y hoy y luego completamente inútil, haremos una magnífica antecámara con estufa, llena de objetos raros y trofeos; no desconfío de poder colgar en sus paredes algún Murillo, ó Ri-

vera, ó siquiera algún Jordan procedente de los conventos derribados, y de esos que sólo el ojo del inteligente descubre, tras una nube de polvo, en los rincones de una prendería, y el restaurador limpia y deja como nuevos. Este comercio artístico acaso nos permita establecer más tarde un gran almacén de antigüedades; pero esa sorpresa te la reservo para su debido tiempo. Hoy sólo te debo decir: Viviremos con esplendidez; seremos ricos. Ahora te concedo dos minutos para que reflexiones si debes ó no exponer tu capital.

Leopoldo se levantó, y yo, haciendo lo mismo, le dije enteramente seducido con su verborruidad:

—Estoy dispuesto á seguirte donde quieras.

Media hora despues entráramos en un salón, donde las gentes se agrupaban al rededor de una mesa forrada de bayeta verde; nos aproximamos á ella, sin que nadie notara nuestra llegada, y me deslumbró el montón de oro y plata que brillaba entre las cartas: un caballero con sortijas de brillantes en las manos repartía dinero á todo el mundo, y otro tendía nuevas cartas en la mesa.

—Ya tengo la suerte—dijo Leopoldo colocando los seis duros junto á un as de oros.—Temblé al ver alejarse el dinero de su mano; pero Céspedes me tranquilizó diciéndome:

—Nunca he perdido un as de oros, ni dejado de jugarle; podría esperar; pero ¿á qué hemos de perder esta ocasión? Es carta segura.

Un momento despues vi, que recogían el dinero.

—¡Estamos arruinados!—exclamó Leopoldo con verdadero desconuelo.

La sorpresa paralizó mi lengua, y no encontraba palabra que decirle.

—Salgamos y hablaremos—dijo Céspedes cogiéndome del brazo.

Camínamos algún trecho en silencio, y despues prorumpió mi amigo, con voz doliente, en estas frases:

—Parece un sueño, pero es la realidad. Aquel dinero pasó como una ráfaga; debí contar con que la suerte me persigue hace algún tiempo, y no debo esperar nada de la suerte. Pero voy á tranquilizarte. No sólo no se ha perdido todo, sino que acaso hemos perdido un poco de tiempo nada más. No estamos arruinados; nos queda aún tu maleta, que, dejada en prenda en parte muy segura, nos proporcionará la cantidad que hemos perdido, con la cual volveremos á jugar.

Me desprendí de sus brazos, asustado al oír aquella proposición; pero Leopoldo, sin dejarme hablar, repuso:

—Sosiégate y escucha, y ante todo, indicame si tienes alguna otra manera de procurarnos el dinero que hace falta. Tu silencio me demuestra que no existe ese medio, y la necesidad del dinero es evidente. Ahora bien: ¿deseas recobrar los seis duros perdidos? Pues no hay otro recurso que ganarlos, y he encontrado el medio: los cálculos fracasan á menudo en las evoluciones de la suerte; pero hay un axioma en el juego, que olvidé, y á eso debemos el fracaso: siempre gana aquel que juega por primera vez; y estando tú en ese caso, hemos desperdiciado la fortuna: tú elegirás la carta, y no haré otra cosa que cobrar.

Me excusé con mi ignorancia; pero Céspedes no quiso escucharme: volvimos á mi casa, y bajamos entre los dos la maleta hasta el portal.

—Querido Enrique—dijo allí—yo soy conocido y llevo sombrero de copa; á tí nadie te conoce todavía, y llevas aún puesto tu traje de camino: quiero que tú mismo decidas quien ha de cargar con la maleta.

Aunque me avergonzaba de hacer, por vez primera en mi vida aquel oficio, no encontré medio de excusarme, y salimos juntos á la calle, Céspedes delante y yo detras; él sin peso alguno, y yo con mi equipaje sobre el hombro.

Cuando volvimos á la casa de juego, sólo llevábamos cinco duros, producto del empeño: acababan de echar en la mesa otros de oros, y experimenté, naturalmente, hácia aquella carta verdadera repulsión.

—Me gusta la contraria, dije á Céspedes.

Éste acercó nuestro capital hácia una sota, mientras decían á mi lado:

—El juego es el as: se dan menores.

La mano de Leopoldo varió de dirección precipitadamente y colocó el dinero junto al as.

—He dicho la contraria, le advertí con sobresalto.

—Amigo Enrique, disculpe tu ignorancia: ¿no has oido decir que el juego es el as? ¿Es natural que perdamos el as de oros dos veces? Al hacer esta variación, salvo nuestro capital. Respondo con mi cabeza de esa carta.

Mientras duró la indecisión, experimenté una gran angustia; con el cuello prolongado y los pies de puntillas, quería estirarme hasta dar con la baraja. Por fin, salió la carta que yo había indicado. Leopoldo dió una palmada en la espalda del que tenía delante, el cual ganaba, y con la satisfacción no advirtió el espaldarazo. Salimos anonadados de la casa.

—¡Mátame!—dijo—te autorizo para que me asesines á traición: te pertenece mi cabeza: vámonos á un sitio solitario; quiero que me ahorques de un árbol y que te sacies en mi montando sobre mis hombros y columpiándote en mi cuerpo, mientras el nudo me oprime la garganta y muerdo sin confesion. Vamos al campo.

—No te guardo rencor alguno, dije con tristeza; además, en la mísera posición á que hemos quedado reducidos, ¿qué será de mí sin tu dirección y tus consejos? No conozco á Madrid sino en los libros; ignoro hasta sus calles; carezco de recursos....

—Basta, basta—contestó Leopoldo Céspedes.—Tengo deberes que cumplir, y viviré: eres huérfano, y me corresponden las veces de padre....

Aquella palabra me atligió: hacía cuarenta y ocho horas que había perdido el mío, y ya podía apreciar con exactitud la gran diferencia que había entre los dos. Leopoldo continuó diciendo:

—En rigor, la carta debió salir; pero hemos sido robados.

—Entonces ¿por qué no avisamos á la justicia? repuse con cierta esperanza.

—Decimos los jugadores que nos roban—añadió Céspedes—cuando no salen las cartas que jugamos. Pero no hablemos ya de eso. Te he arruinado y debo indemnizarte; desde luego te pertenece cuanto poseo.

Hice un rápido inventario de los objetos de mi amigo, y me encontré que aquella donación sólo representaba una lata vacía y un colchon.

—Y ¿no podríamos empeñar el colchon para comer?—dije viendo que llegaría la hora de sentir el apetito.

—Desgraciadamente, no es posible—contestó mi amigo;—nuestro colchon está relleno de recortadurns de papel.

Habíamos llegado á la última miseria.

—Hazme una justicia, querido Enrique; si hubiéramos obrado tal como discurri al formar mi plan, el pensamiento se hubiera realizado; esto prueba que imagino bien y ejecuto mal, por lo que en adelante me limitaré á formar los planes, que tu ejecutarás al pié de la letra, sin variación alguna.

Así se lo prometí, y pasamos todo el día haciendo cálculos, buscando personas conocidas, y dieron las doce de la noche sin haber conseguido socorros.

—No puedo más—dije extenuado de hambre y de cansancio.

—Ni yo tampoco—repuso mi protector con voz desfallecida.

—¿Qué harémos?—pregunté.

—Sólo hay dos medios, ambos prohibidos: el robo y la limosna. El primero le rechazan mis principios; luego tenemos que optar por el segundo. Precisamente se acercan dos señoras, y las mujeres son generalmente compasivas: pide limosna con vos lastimera, aunque para infundir lástima, basta que pidas con la tuya.

Quise excusarme, recordándole que por la mañana yo había llevado la maleta; pero me cerró la boca diciéndome:

—Es lo pactado; es un solemne compromiso; yo discurro y tú ejecutas.

Quitéme el sombrero, y me acerqué á las damas, que pasaron sin hacer caso de mí. Me aproximé con timidez á otro transeunte, y éste, mirándome fijamente, me detuvo por el brazo.

—Dése V. preso—dijo.—Está prohibido mendigar.

Protesté; pero se reunieron otros hombres, y fui conducido entre ellos por delante de Leopoldo, que se hacía el distraido.

—¿Es V. natural de Madrid?—me preguntaron en el Gobierno.

—No, señor—contesté.

—Entonces, no se le puede llevar á San Bernardino. Será usted conducido, de justicia en justicia, hasta su pueblo.

Esta es la historia de mi viaje á Madrid—exclamó Guevara cuando terminó su relación.—Excuso decir á V. el recibimiento que me harían en el pueblo mis parientes. Todos me cerraron las puertas al verme llegar entre civiles.

—Y Clotilde?—le preguntaron con interés.

—Clotilde es mi mujer; aquella señora gruesa que reparte el pan á los gañanes, y aquellos seis niños que la rodean son nuestros hijos. Fue la única que se alegró de mi llegada, y convenció á su tío el cura de que debía ser mi protector, como lo ha sido.

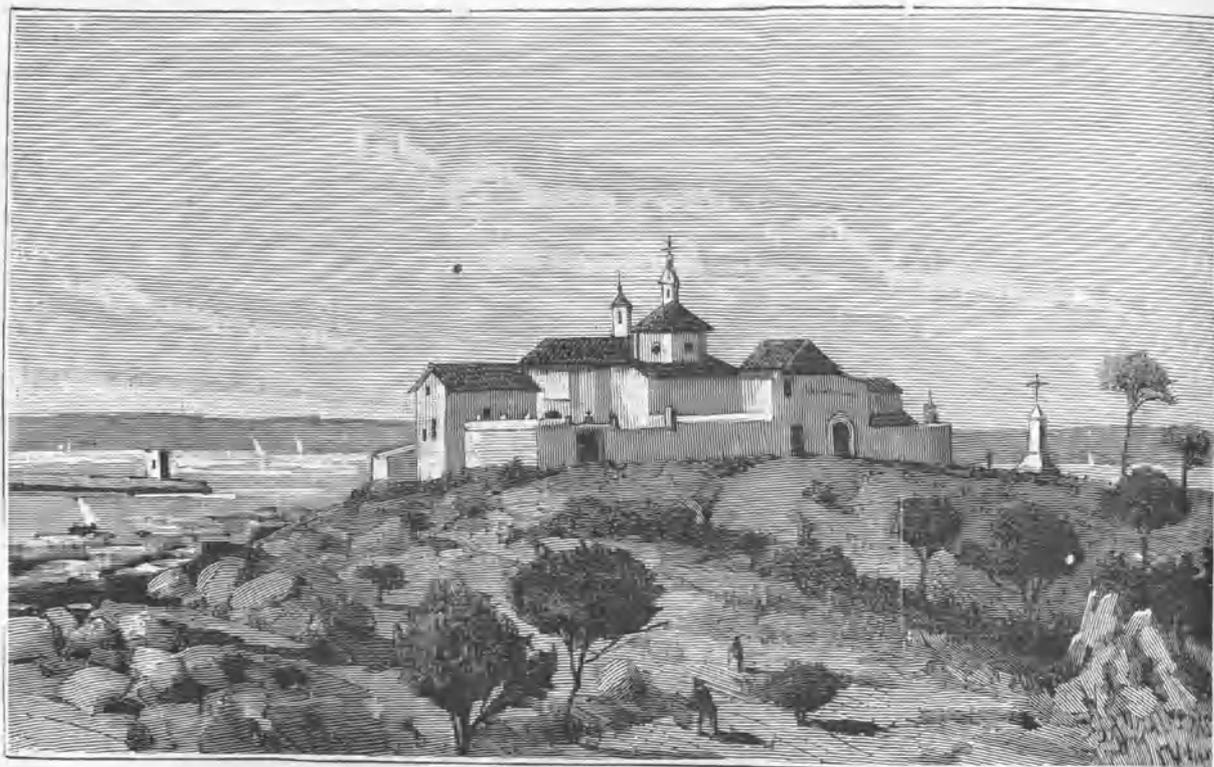
—¿Y no ha sabido V. de Céspedes?

—Ya lo creo, es el diputado del distrito; es el famoso Céspedes; el que ha sido ministro varias veces. Cuatro años despues de lo que acabo de contar, me escribió poniendo á mi disposición los bienes que había heredado de su tío el banquero. Dos años más tarde le elegimos diputado: no sé cómo se las compone, que nunca me da nada, y, sin embargo, continúa protegiéndome.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.



INSEPARABLES.—(CUADRO DE J. G. BROWN.)



VISTA DEL HISTÓRICO CONVENTO DE LA RÁBIDA.

EN LA RÁBIDA.

«En la confluencia de los ríos Odiel y Tinto, y en el extremo occidental de una suave colina de arenas, poblada de pinos, situada al sur de Huelva, y al oeste de Palos; equidistante de ambas poblaciones tres millas próximamente, por las respectivas rias de los ya referidos Odiel y Tinto, se levanta, dominando el Océano y describiendo un variado panorama, el modesto edificio que fué en su tiempo templo mitológico, después retiro de monjes de distintas órdenes, más tarde convento de Santa María de la Rábida, de Recoleto franciscanos.....»

(*Huelva y la Rábida*, por D. BRAULIO SANTA-MARÍA, pág. 132.)

En esa extensión sublime,
que en sombras se desvanece;
en ese mar, que parece
que canta á un tiempo y que gime;
en esta santa mansión,
en esos fulgores rojos,
en cuanto abarcan los ojos,
fijó los suyos Colón.

Rumores, espacio, ambiente;
crespones de luz flotante;

misterios del viejo Atlante;
frescas brisas de Occidente;
escueto pinar sombrío,
que el viento iracundo azota;
desorientada gaviota
que cruza el mar bravío;
suelo que huellan mis pies;
cruz que en aquestos desiertos
fendió sus brazos abiertos
al inmortal genoves;

Lugares de bendición,
¡llenos estais todavía
de la ardiente fantasía
del gran Cristóbal Colón!

¡Colón!.... Oyendo este nombre,
que tantas glorias sustenta,
no hay corazón que no sienta,
ni mente que no se asombre.

Por eso en este lugar
de sus recuerdos gloriosos
parecen aún más grandiosos
la tierra, el cielo y el mar.

Aquí, con trémulo paso,

llegó el infeliz marino;
 desde este yermo camino
 miró ese sol que, en ocaso,
 quizás se hundía al profundo,
 avergonzado y medroso
 de ver luchar al coloso
 con la ignorancia del mundo.

Lleno de fe y de cariño,
 con sus desdichas en guerra,
 vino á cruzar esta tierra,
 con una idea y un niño.

En medio á tanto dolor,
 con tanta punzante herida,
 ¡ninguno cruzó la vida
 con un tesoro mayor!

¿Dónde la imágen gloriosa
 del genio está? ¿Dónde brilla
 la hazaña que dió á Castilla
 un mundo? ¿Dónde grandiosa
 se eleva sobre la arena
 la gratitud de los hombres?
 ¿Do están los hechos, los nombres
 de Pinzon y de Marchena?

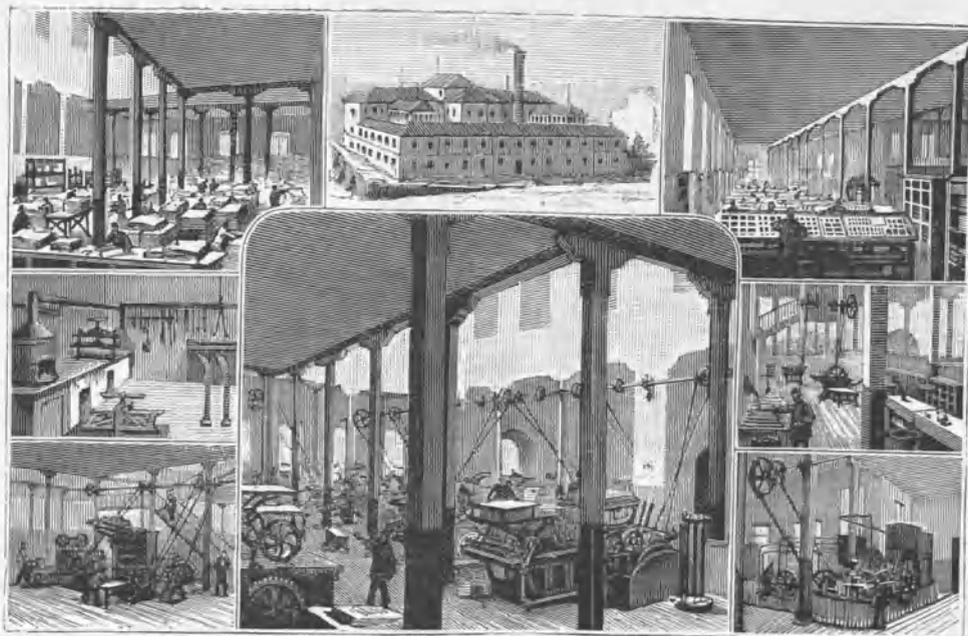
Ni una estatua, ni una losa,
 ni un recuerdo bendecido;
 todo yace en el olvido,
 todo en silencio reposa.
 Alguna ruina sublime,
 una celda, un viejo altar,
 y léjos el hondo mar,
 que canta á un tiempo y que gime.

¡Ah Colon! tu fantasía
 pobló este retiro triste,
 y al viejo mundo le diste
 un mundo en que no creía.

Hoy á caminar se atreve
 sobre esta sagrada arena,
 y el viejo mundo cercena
 el galardón que te debe.

Mas yo juro á tu memoria
 que no volverá mi planta
 á hollar esta tierra santa,
 mientras en ella, á tu gloria,
 no haya un templo secular,
 dominador soberano
 de ese horizonte lejano,
 de ese cielo y de ese mar.

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.



MADRID. — ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
 EN EL PASEO DE SAN VICENTE.

(Véase el número de *La Ilustración Española y Americana* correspondiente al 30 de Julio de 1882.)



SARAH BERNHARDT.

DOS HISTORIAS EN UNA.

Mi corazón se resiste....
¡Qué tarde! ¡qué fría calma!
No comprendo en qué consiste;
mas si está la tarde triste,
también tengo triste el alma.

Cruzaban mi pensamiento
las ideas del momento,
siempre altivas, siempre graves,
y arriba en el firmamento
iban volando las aves.

Allá en la ríscosa altura,
bañando su arquitectura
del sol en el rojo brillo,
dominaba la llanura
el arruinado castillo.

Ya en los valles el viajero
apénas si ve, de luz,
el rayo tibio y postrero
que está dorando la cruz
del recodo del sendero.

Va la noche lentamente
subiendo por la pendiente
de la abrumadora cumbre,
que siente la pesadumbre
de aquel castillo imponente,

y en tanto el sol baña arriba
su negra mole, que asombra
al mal, pareciendo altiva
un Titan de luz muy viva,
engendrado por la sombra!

Velozmente caminé;
luego, por mi mal destino,
en un árbol me apoyé,
cuando allá por el camino
unas voces escuché,

y al proseguir jadeante
por el sendero escabroso,
me encontré casi delante
de una mujer y un hermoso
niño de alegre semblante.

Muy triste aquélla venía;
la luz á sus ojos bellos

melancólica afluí,
cual los últimos destellos
de aquel espirante día.

Tenía en sus formas bellas
lo apacible del fulgor
de las pálidas estrellas;
en su faz, las duras huellas
innegables del amor.

Caminaban lentamente,
y el niño, con voz doliente,
decía quedo, muy quedo:
« Aprisa, hermana, no hay gente;
tengo miedo, mucho miedo. »

« ¿ Que tienes miedo? ¿ De qué?
¿ De qué tienes miedo, gloria?
— ¿ No lo sabes? — No lo sé,
de qué tal miedo tendré....
Del castillo de la historia! »

En aquel crítico instante
me vieron, con emoción;
alcé al castillo vibrante
la vista, y dije anhelante:
« ¿ Tiene aquello tradición? »

¿ La sabeis? — Perfectamente.
— ¿ Quereis contármela? — Sí. »
Llegamos junto á una fuente,
y ella, dulce y complaciente,
la relató. — Dice así:

« Tras aquellos murallones,
nidos de oscuras prisiones,
cuyos duros calabozos
no ablandaron ni sollozos,
ni gritos, ni maldiciones,

» vivía un Conde malvado,
que dejó doquier grabado
el sello de su furor,
solamente dominado
por el niño del amor.

» Él á una hermosa quería
y á su madre idolatraba;
y cuando no enloquecía,
fiel á las dos consagraba

todo el espacio del día.

» Junto á la tranquilidad
vive siempre la inquietud;
junto al error, la verdad;
junto al crimen, la ansiedad;
junto al vicio, la virtud.

» Junto al amor la sospecha
siempre iracunda vivió;
al Conde vil dirigió
su aguda, heridora flecha,
y el malvado sospechó.

» Sospechó que á otro galán
su amante, infiel, adoraba;
sospechó ¡ maldito afán!
que su madre acrecentaba
el fuego de aquel volcán.

» Ardió en malditos anhelos;
Satanas reía, y Dios
llorando estaba en los cielos;
creyó realidad sus celos,
é hizo matar á las dos.

» Y al contemplar la agonía
de aquella hermosa mujer
que adoró, díz que decía,
colérico: « ¡ No has de ser
» más que de la muerte, ó mía ! »

» Pasó el criminal momento;
meditó su pensamiento,
y algo tenaz y maldito
levantó su agudo grito:
¡ gritaba el remordimiento !

» Cuentan que cuando moría
esa luz crepuscular
con que se despide el día,
rojos espectros veía
entre las sombras flotar.....

» Y bajaba una cabeza
por el cielo, y otra en pos,
y con lúgubre tristeza
en la altiva fortaleza
entraban juntas las dos.

» Buscaba al Conde inelmente
su madre, y sin el encono
que nunca una madre siente,
á su oído balbuciente
exclamaba: « ¡ Te perdono ! »

» En su frente delirante
dejaba un ósculo impreso;
la otra despues, anhelante,
en la frente de su amante

dejaba el ardor de un beso ;

» Y luégo las dos, llorando
con murmullo tenue y blando
aquel iracundo anhelo,
¡ iban volando, volando
hácia la altura del cielo !

» A la mañana siguiente
á la noche en que sufrió
aquella inquietud creciente,
dos gotas de sangre vió
el Conde en su oscura frente !

» No terminó su agonía
abrumadora jamás;
pues sobre su frente había,
al despertar cada día,
dos sangrientas gotas más.

» Y aquel martirio sin fin
destrozó su alma ruin,
hasta que, lívido y yerto,
una tarde cayó muerto
del castillo en el jardín.

» Tal es la historia, señor,
de ese engendro del furor,
Dispensad mi desaliño. »
Yo callaba, y sólo el niño
dijo triste : « Y ¿ qué es amor ? »

Contemplé el llanto lucir
en los ojos de su hermana;
no sabiendo qué decir,
dije al verle sonreír:
« Te lo contaré mañana. »

Y despues de saludar
pareja tan singular,
seguí por donde ella vino,
dejándola descansar
á la orilla del camino.

Quando al despertar el día
abandoné la cabaña
donde reposado había,
y hácia la negra montaña
mis anhelos dirigía,

vi mucha gente correr,
oí mucho sollozar
y mucho compadecer;
¡ cuán grande fué mi pesar,
tanta desventura al ver !

¡ Qué bien se cebó la muerte
en el rostro terso y blanco
que vi por mi mala suerte !
¡ Cómo descansaba inerte

en el fondo de un barranco!

Muerta por su amor estaba
¡ay! la que ayer sollozaba
al narrar tantos dolores;
¡por eso tan bien narraba
aquella historia de amores!

Y aquel niño, en su candor,
sin comprender su dolor:
—Cumple, cumple tu promesa—
me dijo, y salta, y me besa,
y me dice: —¿Y qué es amor?—

.....
¡Qué alegre está la mañana!
La brisa, dulce y liviana,

la hermosa enramada agita,
¡Qué bien suena la campana
de la torre de la ermita!

¡Cómo, cruzando la esfera,
del céfiro á los rumores,
la aromosa primavera
va esparciendo en su carrera
blandos besos, gayas flores!

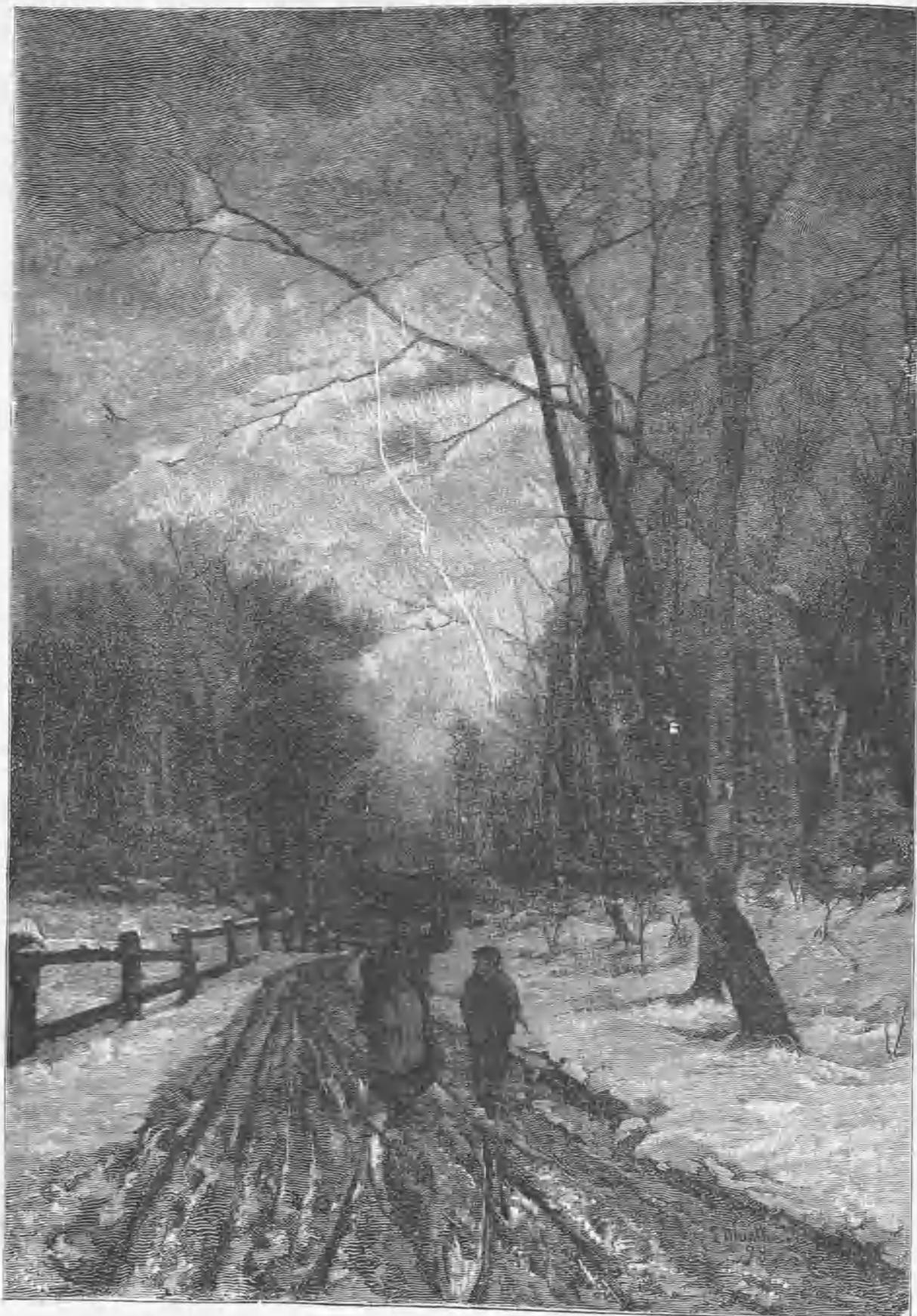
—
Mi corazón no resiste
placer tan vivo y profundo.
No comprendo en qué consiste;
mas.... ¡cuando está el alma triste,
qué triste parece el mundo!

CÁRLOS FERNANDEZ SHAW.



ROSITA MAURI,

primera bailarina en el teatro de la Grande Ópera de París.



NOVIEMBRE. — (CUADRO DE MÜNTHE.)

LA REVANCHA DE UN BUEN JUAN.

I.

QUISIERA que mis lectores hubieran conocido, como yo, á Juan de Dios Bueno: así no tendrían que creerme bajo palabra. Juan de Dios era un mozo nacido, como por designio providencial, para llevar con honra su nombre y apellido. De niño había puesto siempre sus costillas por fiadoras de las travesuras de sus siete hermanos. En los primeros años de su juventud su padre fué baja en la familia, dejándole por único sosten de una casa privada de todo recurso que no emanara del cumplimiento estricto del precepto divino. En la edad viril, ó sea en los momentos en que empieza mi relato, no tenía más anhelo que el de proporcionar toda la dicha compatible con sus escasos recursos á una hermana muy buena y muy querida, única persona de la familia que había quedado bajo su protección; porque los varones campaban por su respeto como nidada que se desbanda por esos mundos de Dios sin volver á acordarse de la paja que la dió abrigo, ni del pico que la proporcionó el sustento. Y Cármen se lo merecía. Era una criatura lindísima, con una pepita de oro por corazón, una alegría de jilguero, capaz de ahuyentar la tristeza de las cuatro paredes en que vivía, y un deseo constante, aunque jamás cumplido, de hacer más llevadero, con el trabajo de sus manos primorosas, el sacrificio de su hermano. Pero la jóven no podía tocar este registro sin que Juan de Dios, que en todo lo demás no tenía más voluntad que la de la niña, la volviese la espalda, cerrando los oídos á sus cantos de sirena.

— Juan, me ha dicho Luisa que tengo unas manos divinas para la costura.

— Mejor — respondía Juan, comprendiendo dónde iba á parar su hermana — con eso harás primores en mis camisas.

Y cortaba la conversacion.

— Juan, quiero ayudarte á trabajar para distraerme. Enséñame aritmética.

— ¡Que te enseñe aritmética! Si la supieras, te enseñaría á olvidarla.

— Pero ¿por qué? — replicaba Cármen con cierto despecto de niña consentida.

— ¿Por qué?... Porque los guarismos no se escriben con plumas de paloma.

— Pues ¿con qué?

— Con garras de milano.

— Pues tú haces números y no eres milano.

— Vaya, niña, tengo prisa: ya hablaremos de eso — decía Juan para terminar, intentando dar á su hermana un beso en la frente. — Pero Cármen bajaba la cabeza con enfado, y el beso naufragaba en las ondas de su copiosa cabellera.

Fuera de esto, Juan no tenía más voluntad que la de Cármen. Si algun otro afecto alimentaba secretamente en su corazón, era como el perfume en el seno de un bosque virgen: necesitaba un explorador.

Y este afecto existía. Para las almas capaces de abnegacion el ejemplo del sacrificio ajeno y de la abnegacion solitaria es ocasionado á engendrar toda clase de afecciones del sentimiento. Y en virtud de este fenómeno moral, que no podría formularse en precepto comun y obligatorio sin que se declarase en huelga la gran mayoría de los vivientes, Juan de Dios amaba, para sus adentros, á una jóven que parecia nacida de propósito para simpatizar con un hombre como él. Se llamaba Luisa; había cosido catorce horas al día para sostener á su madre con toda la holgura que dan de sí seis reales diarios, pagados por semanas, con la amabilidad propia de una vieja acaparadora de la costura, adusta, mal criada y resuelta á explotar inhumanamente la miseria, siquiera ésta se le presentase cubierta con la blanca túnica de la inocencia y ceñida con la corona del martirio. Luisa había sido para su madre, anciana y achacosa, lo que Juan de Dios para su hermana. Pero como los tesoros que esconde en sus entrañas la humanidad son á veces tan ignorados y tan recónditos como los que oculta el seno de la tierra, pocos, muy pocos habían caído en la cuenta de que Luisa era una joya de gran valer.

Y vean ustedes cómo Juan de Dios, que no tenía de zabor más que la aptitud, para él infructuosa, de seguir, bajo la inspiracion ajena, las evoluciones subterráneas del guarismo, vino á descubrir, en la amiga íntima de su hermana, — reservándose, por supuesto, *in pectore* el privilegio del hallazgo — una presunta madre de familia, que podría labrar la felicidad de un potentado si Dios, por la eterna ley de las compensaciones, no la reservaba para ser el consuelo de un pobre.

Juan de Dios amaba á Luisa; pero aunque hacía tiempo que la jóven, muerta su madre, vivía, á instancias de Cármen, con los dos hermanos, el mozo creía que su secreto estaba condenado á perfecto silencio en el fondo de su corazón.

¡Inocente! No pensaba que tenía á su lado dos mujeres inteligentes, interesadas en descifrar el logogrifo.

II.

Juan de Dios era, como si dijéramos, la rueda catalina de una casa de banca que tenía cien millones de capital, ganados á hurto de la conciencia y á espaldas (que las tiene á veces muy anchas) del Código penal. El banquero era un tal D. Buenaventura,.... y dispensen mis lectores si no le

doy el tratamiento que quizá le correspondía. Será una debilidad de mi carácter apocado; pero confieso que no hay pereza como la mía para buscar excelencias que no estén en el ritual corriente del respeto y la veneración general. Lo que sé decir es que D. Buenaventura era un solterón de cincuenta años; modelo citado con frecuencia, entre sus amigos y conocidos, por la relajación de sus costumbres; espléndido y dádívoso para el vicio; avaro y miserable para premiar el trabajo honrado que le ayudaba á alimentar su depravación. Por lo demás, lo que se llama un hombre de prendas; su guardaropa ostentaba desde el traje de chulo, con que hacía sus excursiones por los barrios bajos, para triunfar de las Lucrecias del Avapiés, hasta el uniforme palmeado de oro y ostentadamente condecorado. (Y ahora caigo en la cuenta de que D. Buenaventura debía

figurar, ó cuando ménos ser figura, en la Guía de forasteros). Por desgracia, á los cincuenta años de edad el oficio de seductor está expuesto á grandes quiebras, y D. Buenaventura sufrió la más terrible y la más lastimosa que puede sorprender en medio de sus innumerables devaneos á un

señor de su edad. Un día, andando, como de costumbre, á salto de mata, en pos de las hijas de Eva, le salió, por azar, al camino una belleza modesta, pero de virtud incorruptible, criada,

como de propósito deliberado, para hacer perder por completo á nuestro opulento D. Juan Tenorio la ciega confianza que abrigaba en la potencia incontestable del oro. Don Buenaventura hizo esfuerzos heroicos para rendir la plaza, á cuya conquista estaba resuelto á mandar el grueso de un ejército infinitamente más poderoso que el que solía formar en batalla en las largas noches de invierno el protagonista de *Los Ciegos hipócritas y embusteros*. Pero todo fué inútil: la belleza, que, según todas las apariencias, era una costurera, no solamente no se rindió, sino que, después de evitar con terror todo conato de parlamento y el riesgo de una emboscada,

desapareció inopinadamente del campo de operaciones de su perseguidor, dejándole entregado á las furias de una pasión senil. Desde entonces D. Buenaventura no tuvo momento de reposo. Después de emplear en vano los medios de persuasión de su gaveta con los inquilinos de la casa



GRACIELLA POR KUNER.

de vecindad hasta cuya puerta había seguido más de una noche á la esquivá costurera y á otra jóven de algunos más años, que la acompañaba constantemente, tuvo que resignarse á recorrer sin descanso las calles de la villa, esperando, en último extremo, de la casualidad la dicha de volver á encontrar al objeto de sus deseos, y resuelto á conseguir su posesion, aunque para ello fuese preciso sacrificar la mitad de su fortuna y hasta echar en la balanza el peso de su mano. A tal punto había llegado la pasion solitaria de don Buena Ventura en el momento en que ocurrió el episodio de su vida que estoy refiriendo.

III.

Juan de Dios era tímido como una rata. Creía que en el mundo no había aire respirable para él fuera de la oficina de su principal, donde hacía ocho años.... (desde su llegada á Madrid) se ganaba penosamente el pan, trabajando once horas al día, por el sueldo estacionario y fatal de siete mil reales, con derecho á la jubilacion de San Bernardino. El pobre se estremecía á la sola idea de que una suma equivocada, ó una carta mal sujeta á la estética mercantil de don Buena Ventura, le podían colocar de un momento á otro en el duro trance de tener que resolver este pavoroso problema. «¿Dónde y cómo podré ganarme el duro que necesito para mañana?» ¡Pazguato! Le faltaba aliento para formular de este otro modo su interrogacion interior: «¿Dónde y cómo encontraré el camino más breve para llegar á ser millonario?»

Para consuelo de esta nativa pusilanimidad, llegó un momento en que el jóven creyó asegurada su suerte. Don Buena Ventura, á quien de día en día apretaba más el torcedor de su pasion anónima, le dió una prueba de la confianza que tenía en su inteligencia y su actividad, confiándole la mision delicada de montar un importante negocio mercantil. Juan de Dios trabajó día y noche sin descanso; trabajó como un coloso padre de familia que aprovecha la ocasion de amasar la fortuna de sus hijos, y dió cima á su trabajo con tal acierto y tan á gusto de su principal, que, con ser éste un individuo poco inclinado, no ya á la virtud efectiva, sino que ni siquiera á la hipocresia de la gratitud, una tarde, despues de firmar la correspondencia, y en un momento de excepcional expansion, originada por un incidente, de que ya daré noticia á mis lectores, le dijo con el acento bondadoso y la dilatada sonrisa con que un hombre de negocios de su calaña suele excusar la firma de un pagaré:

—Oye, Juan; estoy contento de tí y quiero premiar el servicio que acabas de prestarme. De aquí para delante de Dios (que no cita nunca á juicio de conciliacion, pudo añadir entre sí el banquero) reconozco y declaro que te soy deudor de una suma de cinco mil duros, con que pienso premiar, en su día, tu inteligencia y tu lealtad. Pero eres jóven, te falta experiencia, y no quiero que la posesion inmediata de ese pequeño capital pueda servir de rémora al desarrollo de tu actividad.—¡No—añadió D. Buena Ventura, cerrando los ojos y agitando la mano en el aire;—no quiero cargar con esa grave responsabilidad! Trabaja; sirveme con el mismo celo que has desplegado hasta aquí, que yo me encargo de tu porvenir.

Con lo cual, y sin un céntimo más de los siete mil reales que venia ganando hacia seis años, el bobalicon de Juan de Dios se fué aquella noche á su casa tan ansioso de desahogar en el seno del íntimo cariño la plenitud de su corazon, que se tragó enteros los garbanzos del cocido, por no atajar el irrestañable flujo de palabras con que puso en conocimiento de su hermana Cármen y de su presunta novia Luisa, el compromiso indocumentado de su principal.

Las dos jóvenes se miraron la una á la otra con la cola del ojo, como siempre que oían pronunciar el nombre de don Buena Ventura, y recibieron la fausta nueva con una sonrisa de incredulidad, que heló el entusiasmo en los labios de Juan de Dios, obligándole á pedir la explicacion de tan extraña indiferencia.

Cármen tomó la palabra, y basando su discurso en el adagio vulgar: «Más vale un tomo que dos te daré», procuró demostrar á su hermano, con el asentimiento de las tribunas (esto es, de su amiga Luisa), que había trabajado para el diablo: que su principal excusaba con una vana promesa el aumento de sueldo con que debía premiar servicios tan justamente ponderados, y por último, que no se podía esperar otra cosa de un judío que, según pública voz y fama (profundo asentimiento de Luisa), no había hecho otra cosa en su vida que explotar avaramente el trabajo de los pobres, para alimentar espléndidamente el vicio y la inmoralidad.

La calorosa peroracion de Cármen, reforzada por los monosílabos expresivos de Luisa, apagó en el alma de Juan de Dios el fuego del entusiasmo. Se levantó de la mesa sin responder palabra; pero se fió en las palabras de D. Buena Ventura salió muy quebrantada de la sesion.

IV.

Y un día, mientras Luisa preparaba el té en la cocina, Cármen tendió la mano á Juan de Dios, y clavando en él su mirada fascinadora, le dijo en fórmula breve, expresada con acento perentorio:

—Juan, ¿quieres complacerme?

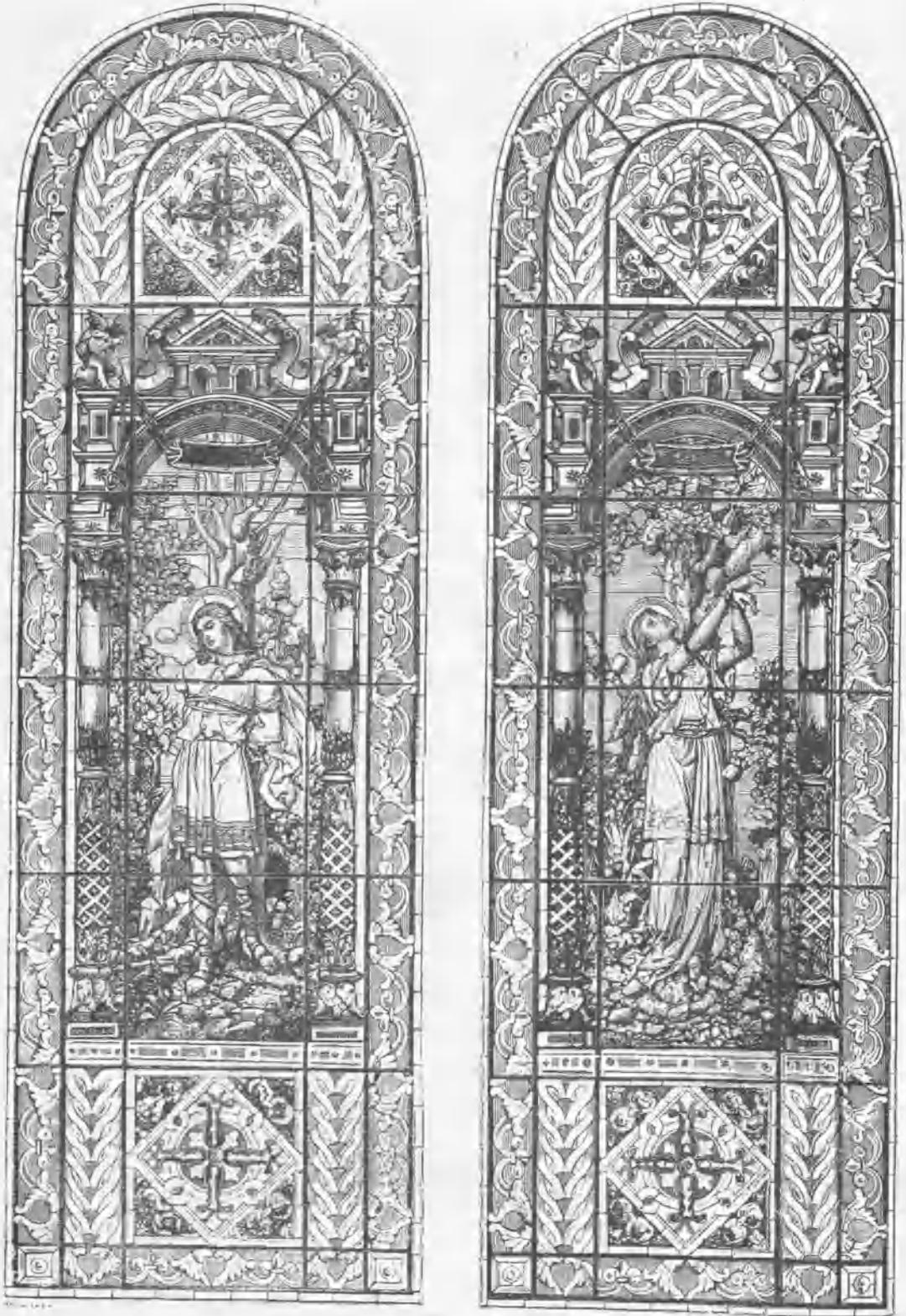
—¿Que sí quiero complacerte?—respondió su hermano, sorprendido;—pues para eso sólo me ha puesto Dios en este mundo. Habla: ¿qué deseas de mí?

—¿Me prometes hacer lo que te diga?

—Como esté en mi mano, aunque sea á costa de los mayores sacrificios, desde ahora puedes dar por satisfecho tu deseo.

—Pues cogido te tengo—repuso Cármen, aprisionando con más fuerza la mano de Juan.—Luisa es mi única amiga y no hay en el mundo criatura más buena, ni más digna de ser feliz. Tú la quieres, y ella.... Pero aquí viene; callemos; no sea que, si escucha una palabra de la conversacion, se le caiga la tetera de las manos.

Luisa venia, en efecto, por el pasillo: oyó hablar en voz baja á Cármen, y el silencio repentino de su amiga despertó no sé qué vigilantes avanzados de su corazon. Entró en el comedor con las mejillas encendidas como la anapola; dejó sobre la mesa el líquido relativamente aromático que traía en las manos, y despues de dirigir con la cola del ojo una mirada rápida á Juan de Dios y á su amiga, volvió pro-



VIDRIERAS PINTADAS, DE LA CATEDRAL DE MALAGA.

suosa á la cocina, por librar á los dos hermanos de un testigo que podia cortar en flor una conversacion interesante.

—Y ella—continuó Cármen—cuando oyó sonar en el fregadero, con más precipitacion y más ruido que de costumbre, los cacharros que habian servido para la comida, ella te quiere con delirio. Pues bien, es mi deseo.... ¿qué digo mi deseo? es mi expresa y terminante voluntad—añadió la jóven con tono semiserio, levantando el dedo en actitud conminatoria—que me pidas esta misma noche su blanca mano, y te cases con ella sin más tardanza que la necesaria para sacar los papeles.

—Pero....

—No hay pero que valga; me has dado palabra de acceder á mis deseos. Tengo un hermano; necesito una hermana, y la he de conseguir.... ¡Aun á costa de tu libertad. De otro modo, sospecharé de la sinceridad de tu cariño.

—¿Sospechar de mi cariño! Y ¿por qué?

—Por una razon sencilla; porque sabiendo tú, como debes saberlo, que, casándote con Luisa, satisfaces á un tiempo mis deseos y los tuyos, no te decides nunca á labrar la dicha de las dos solas criaturas que te quieren en este mundo.

—¿Que no me decidí!—exclamó Juan de Dios.—¡Habla! ¿Qué quieres de mí?

—Que te cases con Luisa—repuso Cármen con tono imperativo.

—¿Es ésa tu voluntad?—dijo Juan de Dios levantándose y estrechando la mano de su hermana.

—No puedes hacer cosa que sea más de mi gusto.

Y la verdad es que la ley, siempre impuesta y siempre acatada, que regía las relaciones entre los dos hermanos, no habia estado nunca más de acuerdo con los deseos secretos de Juan de Dios. El jóven amaba con pasion á Luisa, pero la amaba con la pasion inconfesa y refrenada de un muchacho pundonoroso y reservado que ve madurar en la última rama de un árbol inaccesible la fruta que codicia en el secreto bien guardado de su apetito.

Así es que, á no coincidir el deseo de su corazon con el deseo de Cármen, Luisa hubiera tenido que esperar, hasta Dios sabe cuándo, la declaracion de su presunto novio. Por fortuna, tenia una influencia poderosa, resuelta á obligar al mozo á presentar la dimision de su estado de soltero, y aquí vemos cómo la experiencia acredita que si tampoco hay mujer sin mujer, «No hay hombre sin hombre».

Juan de Dios se dirigió con paso acelerado á casa de su principal. Aunque era hombre activo y exacto en el cumplimiento de su obligacion, no era difícil comprender que sus piés iban impulsados por una fuerza extraordinaria y anormal de locomocion.

Llegado á su oficina, entró en el despacho de D. Buenaventura. He dicho que el humor desapacible y sombrío del banquero habia experimentado por aquellos dias una mudanza inesperada. Sabía que la costurera estaba en Madrid. En una de sus continuas y desesperadas excursions la habia visto cruzar aceleradamente, con su compañera, por la Puerta del Sol; y aunque en el mismo punto se le perdieron entre la gente, siéndole imposible seguirlos y averiguar su paradero, la seguridad de que no habian abandonado la capital, y la esperanza de volver á encontrarlos con mejor

fortuna, fueron bastantes para reanimar el abatido espíritu del buen señor.

En esta disposición de ánimo encontró Juan de Dios á su principal.

—¡Hola, muchacho!—dijo D. Buenaventura al ver entrar á su dependiente.—¿Eres tú? ¿qué ocurre?

—Venía....

El jóven bajó los ojos y vaciló, como si con lo que iba á decir arrostrase el peligro de perder el pingüe destino que disfrutaba en la casa.

—Vamos, ¿qué te detiene? Acaba, ¿qué se ofrece? ¿A qué es la venida?

—Venía.... venía á solicitar la vènia de V. para casarme.

—¿Para casarte? ¿Y me pides á mí la vènia? Pues cástate y que Dios te haga un santo.... Y dime: ¿la novia es rica? Don Buenaventura temia que un enlace ventajoso le privase de los inapreciables servicios de un dependiente que sabia montar por veinte y ocho duros al mes un negocio tan pingüe como el que estaba explotando la casa.

—No, señor—respondió Juan de Dios;—es una pobre jóven, que ha mantenido hasta hace poco á su madre (que esté en gloria) con el escaso producto de su trabajo de costurera.

—¿Es costurera!—exclamó el banquero con acento y ademán exageradamente ponderativos....—¡Dichoso el que hace esa obra de caridad! No hay millones mejor empleados que los que se consagran á labrar la felicidad de una mujer humilde y virtuosa.

—Desgraciadamente,—se atrevió á decir Juan de Dios, alentado por el entusiasmo casamentero de su principal,—yo no soy millonario. Me caso con Luisa por amor y sin mirar en el riesgo á que se exponen los desheredados de la fortuna que contraen la enorme responsabilidad de crear una familia. Lo que le aseguro á V. es que quisiera tener las riquezas de Crespo para asegurar la felicidad de mi mujer, y la de mis hijos, si Dios me los concede.

Por donde se ve que Juan de Dios no era bobo. Tenia cierta elocuencia del cuarto de hora, y cierta erudicion de candil moribundo, que no habia encontrado, ni encontraría probablemente jamas, un distrito donde merecer los honores de la representacion nacional. Era un frustrado padre de la patria, tan frustrado como cualquier hijo de vecino, imposibilitado de poder hacer en el Parlamento las conquistas de una educacion primaria mal aprovechada por falta de ocasion y osadia.

Don Buenaventura atravesaba el momento matemático de la benevolencia. Sabia que su costurera estaba en Madrid, y la lógica de su libro de Caja le aseguraba la posesion de su ideal, siquiera fuese á costa del mayor de los sacrificios que puede hacer un celibulario curtido por el sal de la libertad; y dijo con tono paternal:

—No eres millonario, muchacho, ya lo sé; pero dicen que el corazon tiene tesoros inagotables, y yo creo firmemente que el tuyo puede considerarse como una de esas entrañas privilegiadas de la fortuna. Cástate enhorabuena; que yo sé que labrarás la felicidad de tu mujer.

—Tal es mi propósito—repuso Juan de Dios haciendo un esfuerzo heroico para llegar de un salto al punto escabroso de la conversacion.—Pero soy pobre.... se necesitan recursos para tomar estado, y si V. está en lo que tuvo la bondad de ofrecirme....

—No prosigas, Juan de Dios. Te dije á su tiempo, y te repito ahora, que te soy deudor de cinco mil duros, con que pienso recompensar tus servicios extraordinarios. Por consiguiente, ya lo sabes: tu porvenir corre de mi cuenta. Me dices que necesitas con que sufragar los gastos del casamiento. Por eso no te apures: esta misma noche te adelantará el Cajero la paga del mes que viene.

Aquella noche, al volver á su casa, Juan de Dios empezó á sospechar que era un descendiente infeliz de los que bailaron en Belen, y que el mundo se compone, digan lo que quieran los optimistas, de una inmensa mayoría de corderos, entregada á merced de una minoría, siempre vencedora, de lobos caniceros y de zorros apaparadores, inevitable plaga de las sociedades corrompidas. Pero su sospecha no era más que la vaga revelación y, como si dijéramos, el presentimiento del juicio terminante, claro y apoyado en la irresistible elucencia nerviosa de la mujer, con que iba á calificar su hermana Cármen, secundada por la expresiva mímica de su amiga, la incalificable conducta del banquero.

—No aceptes el mes anticipado—dijo la jóven con indignación, despues de haber oido el relato de su hermano.—Tu principal es un miserable. Has hecho mal en solicitar su ayuda para realizar un propósito honrado. Los cinco mil duros que te tiene ofrecidos son una promesa ilusoria con que piensa tenerte sujeto á su servicio, y explotar, por un pedazo de pan, tu trabajo. Pero ya lo dispondremos de otro modo —añadió la jóven, cambiando con Luisa, que no cesaba de afirmar con la cabeza, una mirada de inteligencia.—¡Cinco mil duros! ¡Si fueran para consumir alguna obra de infamia!...

—¡Cármen! —exclamó Juan de Dios con asombro;—¿qué estás diciendo? ¿En qué concepto tienes á D. Buenaventura?

—En el que se merece.

—Sí, nada más que en el que se merece —se atrevió á decir Luisa, apoyando con la vehemencia del acento y la inflamación de las mejillas la afirmación de su amiga.

—¿Tambien usted?—repuso Juan de Dios mirando alternativamente á las dos jóvenes con los ojos dilatados por la sorpresa.—Pero, vamos á ver, ¿qué hay? ¿qué motivo tienen ustedes para tratar con tanta dureza á mi principal?

—Que te lo diga Luisa: ella te contará lo que le pasó, no há mucho, á dos amigas suyas, con ese viejo depravado, que escribe en el aire un pagaré incobrable en pago de buenos servicios, y derrama el oro para perder á las niñas bonitas que encuentra por la calle.

Este último adjetivo, pronunciado con impremeditación por la jóven, le salió al instante á la cara, teniendo de púrpura sus mejillas. Pero Juan no paró mientes en ello. Carecía, como todos los confiados de este mundo, de espíritu de observación, y sus potencias y sentidos funcionaban en línea recta: no sabían mirar por la cola del ojo, ni por los vigilantes adarves de la malicia.

—Vaya, explíquese V.—dijo, invitando con mano temblorosa á Luisa á usar de la palabra.—¿Qué historia es esa de que habla Cármen?

—Pues una de las muchas cosas que se cuentan de ese... señor. Un dia encontré por la calle á dos conocidas mías, que se ganan la vida cosiendo, y se encaprichó de una de ellas. La muchacha y su compañera estuvieron tan en sí,

que ni siquiera le dieron ocasion de declarar sus intenciones. ¿Y qué hizo el viejo? Viendo que perdía el tiempo siguiéndolas inútilmente y buscando el medio de introducirse en el humilde cuarto donde vivía una de ellas con su madre, alquiló, segun despues se supo, una casa en la calle del Cármen; abrió una tienda lujosa de modas, dirigida por una mala mujer, y puso en todos los periódicos un anuncio pomposo, llamando á su casa á todas las oficiales de modista que quisieran ganar veinte reales de jornal. Mi amiga cayó en el lazo: presentóse en la tienda con su inseparable amiga, y á las pocas palabras, sin acreditar su aptitud, quedó recibida con el salario ofrecido. Pero al cabo de la semana comprendió la razon de esta enormidad. Mientras la bruja, que dirigía, al parecer, el establecimiento, le contaba en el mostrador el dinero de la semana, y entraba en largos detalles sobre la labor de la semana siguiente, la amiga, que, como de costumbre, habia ido por ella, y la esperaba en una pieza de la trastienda, quedó desagradablemente sorprendida por la presencia y la actitud extraña de D. Buenaventura, el cual, sin hablar palabra, se abalanzó á la puerta que daba á la tienda para cerrarla; pero no tuvo en cuenta que la virtud es un espíritu puro, que se escapa por el menor resquicio.... La jóven se le escurrió entre los dedos, dejándole con un palmo de narices.... y al dia siguiente estaba cerrada la tienda de modas de la calle del Cármen.

—Y bien, aunque esa historia sea cierta, ¿qué tengo yo que ver con la vida privada de mi principal?

—Nada, absolutamente nada, Juan de Dios—dijo Cármen.—No te apearás de tu asno hasta que te derribe á coces. Lo que importa por ahora es que sepas que tenemos bastantes ahorros para sufragar los gastos de tu casamiento, y que para celebrar una boda entre cuatro vecinos pobres y honrados no hay necesidad de llamar á la puerta de un potentado, que no tiene oídos más que para oír los reclamos del demonio.

Con lo cual Juan de Dios se fué á su cuarto sin replicar: durmió poco y pensó mucho. Hicó aqui la síntesis de sus reflexiones: ¿Seré yo, en efecto, el juguete de un avaro sin entrañas, resuelto á explotar mi credulidad?... No, no puede ser. Las mujeres son impacientes y suspicaces. Don Buenaventura podrá tener por ahí sus quebraderos de cabeza; pero ¿soy yo el llamado á condenar su conducta privada? ¿Soy el responsable ni el cómplice de sus devaneos? Es verdad que el sueldo que me da es una mezquina remuneración de mis servicios; es verdad tambien que ayer anduvo conmigo poco generoso; pero esto no autoriza á creer que la recompensa que me tiene ofrecida sea una indigna aflagaza para prolongar indefinidamente la explotación de mi actividad, y, sobre todo, ¿puedo yo romper lanzas con el hombre á quien debo la subsistencia? ¿Qué fuera de nosotros el dia que, por desgracia, una desavenencia, un disgusto cualquiera me cerrase las puertas de esa casa!

Juan de Dios agitó la mano para ahuyentar de su frente esta idea, que le llenaba de terror.

V.

No se habló más del asunto. La boda se dispuso con gran actividad, y al cabo de dos meses, no cumplidos, Juan de Dios fué hecho dueño de la blanca mano de Luisa. Este

fausto suceso no hizo ruido en el barrio, ni en la calle, ni siquiera en la casa donde se hallaba colocado, á una altura muy á propósito para burlar la exquisita vigilancia de los curiosos, el nido de los recién casados. Las murgas madrileñas no sospecharon nunca que se habían ahorrado un conato de serenata, atajado á través de la rejilla de la puerta por el tímido acento de una gratitud insolvente. No hubo comida extraordinaria, ni los grandes dignatarios de la confitería cortesana tuvieron ocasión de acreditar la excelencia de los productos de su industria, consagrados á endulzar el amargo paladar de los desahuciados espectadores de la ajena felicidad. En una palabra: la boda fué tan modesta, tan casera y tan poco perturbadora de los hábitos de la familia, que el día que se celebró, ni siquiera excusó á Juan de Dios de asistir á su oficina. Bien es verdad que, á no mediar un cataclismo—y era él demasiado optimista para ver un trastorno excepcional en la union de un hombre y una mujer— Juan de Dios no hallaba jamas motivo suficiente para faltar á su obligacion.

Cármén y Luisa se repartieron, como buenas hermanas, el gobierno de la casa, y arreglaron la jaula con tan alegre y bulliciosa actividad, con espíritu, al parecer, tan inaccesible á los temores del porvenir, como si hubieran conquistado el título firme y valedero de una indisputable felicidad.

¿Cuál no sería la sorpresa de Juan de Dios cuando una noche, al volver á su casa, en el primer cuarto de su luna de miel, su hermana Cármén, que le esperaba con Luisa en el comedor, le dijo, sin perder la expresion risueña de su semblante:

—Juan de Dios, con el mezquino sueldo que ganas no podemos vivir.

—No podemos vivir, Juan de Dios —repitió Luisa;— las necesidades aumentan y la vida anda por las nubes.

El jóven quedó aterrado: creyó que se le venia sobre la cabeza la masa sideral carbonizada de su luna de miel. Apenas encontró aliento para pronunciar estas palabras:

—¿Que no podemos vivir con lo que gano? ¿Y me lo decís con esa frescura? Pero, hijas mías, ¿qué queréis que haga?

—Una cosa muy sencilla—repuso Cármén— pedir á tu principal que te aumente el sueldo.

—¡Eso!—dijo Luisa remachando el clavo (que lo era, y muy agudo para clavado en el corazon pasilánimo de Juan de Dios);— que te aumente el sueldo, y perdónala generosamente los cinco mil duros que te debe, segun dice, *de aquí para delante de Dios*. Y si no accede á tu demanda, presenta inmediatamente tu dimision.

—¡Mi dimision!... ¡Pero eso es proponerme que me juegue el destino!—exclamó Juan de Dios consternado.

—¡Eso, hermanito, eso!—dijo Cármén poniendo las manos en las mejillas de Juan, con la expresion cariñosa de un espíritu tentador encarnado en la hechura humana de una criatura adorada. Juegate el destino; eso es lo que queremos.

—¿Cómo! ¿queréis que nos quedemos en la miseria?

—¡Vaya, vaya, Juanito, eres un inocente! Dios, que fecunda el trigo, el cáñamo y el mijo, y no sé cuántas cosas más, para mantener á los pájaros del aire, no ha de negar su providencia á dos pájaros de la tierra.... ¡Digo, y á dos

pájaros de cuenta como nosotras!—añadió la jóven volviéndose á su cuñada para pedirle la sancion de aquella inocente fanfarronada.

—¡Infelices!—exclamó Juan de Dios con el acento cavernoso de un héroe de tragedia silbada.—¡Os comprendo: queréis que vivamos todos del sudor de vuestra frente! ¡Queréis trabajar para que no me falte el pan de la humillacion y la deshonra!

—Oye, Juan—repuso Luisa con toda la seriedad que su alegre disposicion de ánimo le permitia afectar— no queremos semejante cosa. Tenemos, gracias á Dios, un marido y un hermano que no necesita de nuestra aynda para atender á la subsistencia de su familia, y no hemos imaginado, ni podemos imaginar, cosa alguna que te rebaje ni te humille á los ojos del mundo. Lo que queremos es que no consumas tu vida y tu inteligencia trabajando como un esclavo por el salario de un jornalero; lo que deseamos es que tu convenzas de que tu señor D. Buenaventura te engaña miserablemente.

—Bueno, figúrense ustedes que ya estoy convencido; he mandado nombrala á mi señor D. Buenaventura, y estoy libre, como los pajarillos del aire, que se mantienen del mijo, los cañamones y el trigo que les depara la Providencia. Ya no tengo dónde ganar la vida. ¿Quién me asegura el sustento?

—Este papel—repuso Luisa, haciéndose dos pasos atras con la juguetera ligereza que desesperaba á su marido, y enseñándole una carta que sacó del bolsillo:

—¡Ése papel!—repuso Juan sorprendido.—¿Y qué reza ese papel?

—Este papel reza que eres un bendito—dijo Cármén asomando la cabeza por encima del hombro de su cuñada.

—¡Que soy un bendito! ¡Bueno! Con el descubrimiento de ese secreto ya tenemos asegurado el porvenir.

—Esta carta—replicó Luisa (la réplica fué hecha con tono, en realidad, profundo y sentido)— esta carta asegura nuestra felicidad, Juan de Dios; esta carta es la justa recompensa de tus merecimientos.

—Pero ¿de quién es esa carta? ¿Qué dice?—exclamó Juan, reprimiendo dificilmente un conato instintivo de patear como un chiquillo.

—Pues esta carta es de mi tío D. Federico Pujadas, apunto fabricante de Barcelona, á quien tú conoces por haber tratado con él asuntos de la casa de tu principal.

—¡Don Federico Pujadas!... ¡tu tío!... Pero yo creia que os separaba para siempre una irreconciliable enemistad de familia.

—La enemistad fué porque mi madre se casó á disgusto de su hermano mayor, que era el jefe de la familia. Pero escribi á mi tío la desgracia que me dejó en la orfandad—añadió la jóven soltando el racio de sus lágrimas por las rosas primaverales de sus mejillas—y me respondió que la muerte todo lo burra, que deploraba la entereza con que su hermana habia rechazado siempre todo propósito de reconciliacion; que tenia noticias de mi virtud y de mi piedad filial.... (Aqui la jóven se echó en brazos de Juan de Dios para esconder el pudor que encendia sus mejillas); que no tenia familia y que yo era la esperanza y el consuelo de su vejez. Pues bien—continuó la jóven, secándose los ojos con ese maravilloso paño de lágrimas, que enjuga en un instante

la lluvia pasajera de un nublado primaveral — le volvió á escribir pidiéndole el consentimiento para casarme contigo, y



Espada de D. Fernando «El Católico», donada por éste á D. Alonso de Bazza, en 1533.

hablándole largamente de tu posición, y mira, lee lo que me dice:

Juan de Dios tomó el papel con mano nerviosa, y en alta voz leyó lo siguiente:

«Querida sobrina Luisa: Conozco al hombre que has escogido por esposo, y no podías haber hecho elección que fuera más de mi gusto. Es un joven honrado, inteligente para los negocios, y no tengo inconveniente en añadir que mi corresponsal D. Buenaventura (cuyas flaquezas, dicho sea de paso, me son de antiguo conocidas) encontrará difícilmente quien le reemplace. (Aquí fué interrumpida la lectura de la carta por un entusiasta palmoteo.) Te he dicho en mis cartas anteriores — siguió leyendo Juan de Dios — que estoy solo en el mundo; que necesito llenar el vacío que ha dejado en mi casa mi insensato propósito de renunciar á las dulzuras de la familia, y que, entusiasta, como lo soy, del trabajo y de la misión benéfica del capital, me hacía falta un hombre de entendimiento y de buena voluntad, que aliviándome de una carga ya superior á mis fuerzas, secundára, con la misma constancia que yo, mis propósitos humanitarios. Pues bien, ese hombre es tu marido; tu hermana y tú, las que habeis de encender, por primera vez en mi casa, el hogar de la familia. Os espero. Me dices, y yo estimaré en lo que valen tus sentimientos delicados, que pondrás á tu marido al corriente de mis deseos tan luego como el resultado de esa prueba que vas á intentar le convenza (porque es hombre delicado y pundonoroso) de que no se hace culpable de ingratitud abandonando la casa donde, hasta hoy, ha encontrado los medios de ganarse la subsistencia. Por si esa prueba está muy próxima, y con ella el momento de nuestra unión, adjunta es una letra á la vista, de diez mil reales, que pondrás á disposición de tu esposo, para sufragar los gastos del viaje, tan luego como juzgues oportuno enterarle de que ha encontrado en mí un apoyo, que no puede faltarle nunca, y un pariente decidido á labrar la felicidad de todos vosotros.»

Juan de Dios dejó caer el papel, y, mirando con ojos atónitos á su mujer y á su hermana, dijo con labio balbuciente:

—De modo que los deseos de tu tío....

—Son que te pongas inmediatamente el sombrero — interrumpió Carmen — y vayas á decirle á D. Buenaventura que se busque otro Juan de Dios.

—Eso: pídele un aumento de sueldo y una buena cantidad á cuenta de los cinco mil duros, para atender, con el decoro debido, á las obligaciones de tu nuevo estado. Te mandará enhoramala, y nosotras te esperaremos para darte la enhorabuena en la tienda de enfrente, donde tenemos que hacer algunas compras.

—Pero....

—Basta de peros — dijo Carmen — y piensa que va en ello el porvenir de tu mujer y de tus hijos, si Dios te los concede. Necesitamos obtener hoy mismo tu libertad. Programa hasta la hora de comer — añadió la joven con volubilidad, poniendo en manos de su hermano el sombrero y el bastón: — Primera parte: ruptura definitiva con tu principal, preparada en los términos que te ha aconsejado Luisa. Te esperamos en el almacén de novedades de Tapia, que está á dos pasos, y nos acompaña á comprar lo que nos hace falta para el viaje. Segunda parte: lectura de la correspondencia que ha mediado entre el tío de Luisa y su sobrina, y redacción de una carta tuya aceptando las ofertas generosas de ese buen

señor, agradeciendo, como es debido, la buena opinión que tiene formada de tus cualidades, y anunciándole tu propósito de ponerte inmediatamente á sus órdenes. Tercera parte: comida de familia, con los garbanzos de costumbre y alguna golosina extraordinaria para celebrar el fausto suceso; explicaciones sobre ciertos hechos oscuros de la vida relajada de un banquero.... y el trueno final; pero un trueno que no impedirá conciliar el sueño á tres personas que se aman, y que tienen la perfecta convicción de que no obran mal. Conque, no perdamos tiempo—añadió la jóven preudiéndose el velo sin consultar con el espejo las hábiles combinaciones de que prescinde impunemente un rostro helicero.—Es tarde y tenemos mucho que hacer.

Luisa se había anticipado á los deseos de su cuñada y estaba ya dispuesta para salir.

Juan de Dios tuvo un impulso heroico, propio de los cobardes que pasan la vida temblando por la suerte de los demás. Se sintió valeroso y fuerte, porque contaba con una retirada segura para Carmen y Luisa. Excitado por las últimas palabras de su hermana, bajó rápidamente la escalera, prometiendo reunirse con ellas en la tienda de Tapia, y se fué muy resuelto á seguir, punto por punto, las instrucciones que acababa de recibir.

VI.

Cuando los débiles, en ocasiones excepcionales, se deciden á dar una muestra de entereza, el temor de desfallecer durante los momentos críticos de la prueba, les inspira, por lo común, una fórmula brusca y atropellada con que salir pronto del paso. Esto le ocurrió á Juan de Dios, el cual, no bien se halló en presencia de su principal, que, á paso lento y con la frente inclinada al suelo, se paseaba por su despacho, cerró los ojos y le dijo, sin más preámbulos ni precauciones oratorias:

—Francamente, D. Buenaventura, con los siete mil reales que V. me da no puedo sostener con decoro las cargas de mi nuevo estado. Vengo á solicitar de V. un aumento de sueldo y un anticipo de veinte mil reales sobre los cien mil que me tiene prometidos como recompensa de mis servicios extraordinarios. Conque.... usted dirá.

El banquero se paró en seco delante de Juan de Dios y le midió de arriba abajo con la vista. Sentía más que nunca la nostalgia de la errante estrella de sus amores: no había vuelto á ver á la costurera. ¿Comprenden ustedes la desesperación de Júpiter desposeído de su omnipotencia y buscando inútilmente por este mundo.... ¿qué digo por este mundo? por un pueblo de cuatro casas, donde los enemigos se encuentran á cada paso, y los deudores no pueden salir á la calle sin topar de manos á boca con su acreedor, un codiciado objeto sobre quien verter los raudales de su lluvia de oro? Pues de este mal adolecía en aquellos momentos D. Buenaventura.

—Está bien—respondió con amarga sonrisa.—Lo del aumento de sueldo, lo pensaremos; lo del anticipo sobre los cien mil duros, es otra cosa. Se conoce que tienes alguna pequeña urgencia. Toma veinticinco duros—añadió sacando del bolsillo cinco monedas de oro y dejándolas caer á los piés de su dependiente—y te debo el pico.

Y volviendo la espalda, se salió á un balcón, por donde penetraba el perfume primavera de las acacias en flor, para significar al importuno que no debía turbar por más tiempo su soledad.

El insulto llenó de indignación á Juan de Dios, y el mozo se pasó muy buenos deseos de no dejarlo sin correctivo; pero teniendo, sin duda, en cuenta que los grandes desengaños de este mundo nunca se pagan con exceso, salió silenciosamente del despacho, dejando en el suelo las cinco monedas de oro, testigos mudos de su humillación, y corrió al almacén de modas de Tapia y compañía, cuyos vistosos escaparates lucían las novedades de la estación, frente á los balcones del banquero, en busca de su mujer y de su hermana.

Aunque hacía escasamente ocho minutos que habían llegado á la tienda, las dos jóvenes esperaban ya con gran impaciencia á Juan de Dios. Al verle cruzar la calle, salieron con presteza del almacén, y reunidos los tres, tomaron á buen paso la acera, deseosos de doblar la primera esquina para entrar en explicaciones. Pero no se habían alejado treinta pasos, cuando oyeron una voz agitada y bronca, que gritaba tras ellos:

—¡Juan de Dios! ¡Juan de Dios!

El jóven volvió la cabeza y se encontró de manos á boca con D. Buenaventura, que, con el rostro pálido y fatigado el aliento, iba ya á echarle la mano al hombro para detenerle.

—Oye, Juan de Dios—le dijo el banquero con el rostro desencajado, y sin perder de vista á Carmen y Luisa, las cuales, despues de alejarse algunos pasos obedeciendo á un invencible movimiento de repulsión, se detuvieron á pocos pasos, temerosas de algun conflicto grave entre el banquero y Juan de Dios:—¿Quién es esa jóven del vestido azul que vas acompañando?

—Es mi hermana—respondió Juan de Dios con altivez, sin dar muestras visibles de la sorpresa que le causaba la extraña pregunta de su principal y su visible agitación—y forma parte de la familia que acaba de merecer de V. tan señalada muestra de consideración.

Y sin más, le volvió bruscamente la espalda.

Don Buenaventura se quedó como clavado en las baldosas de la acera. Significó con los ojos fijos y encandilados al objeto de su desesperada pasión.... porque ya lo han comprendido ustedes; la presunta costurera que había encendido en su pecho el fuego intenso que abrasaba los miserables restos de sensibilidad no consumidos aún en su corazón por el libertinaje y la avaricia, era la hermana de su dependiente.

—¡Su hermana!.... ¡Era la hermana de Juan de Dios!—dijo entre dientes, sin cuidarse de que su gorro casero, de terciopelo azul, con borla de oro, y botín de cachemira, eran una fuente de inspiración epigramática para los transeúntes de buen humor.—¡Y yo he pasado los días y los meses buscando, como un desesperado, por las calles de Madrid lo que tenía en casa!.... ¡Estúpido!—añadió dándose una gran palmada en la frente.—¿De qué te hubieran servido tus cien millones á no venir en tu ayuda la casualidad?.... Pero al fin.... al fin esa mujer es mía—añadió el banquero, reflejando en su rostro desencajado una sonrisa de triunfo, semejante al rayo de sol que ilumina de improviso un paisaje devastado y siniestro.—No perdamos tiempo.... Hay para los pobres un bálsamo que cicatriza fácil-

mente las heridas del amor propio.... y ese bálsamo está en mi poder. ¡El oro! ¡el oro!

Don Buenaventura corrió á su casa, se encerró en su despacho y escribió una carta. Después llamó á su cajero, y, por último, al dependiente que merecía toda su confianza en los asuntos de su vida privada. (¿Un viejo que llevaba treinta años de corredor de liviandades, pagados por nómina, á razon de cuarenta duros al mes, sin derecho á cesantía ni jubilación!)

—Esta carta—le dijo el banquero—ha de quedar inmediatamente en poder de mi secretario Juan de Dios Bueno, ó de cualquiera persona de su familia. Si no hay nadie en la casa, espere V. en el portal. No hay que aguardar contestacion.

VII.

El mensajero no encontró en casa á Juan de Dios, y obedeciendo fielmente las instrucciones de su amo, dejó el pliego en manos de Luisa, á cuyo casamiento había asistido con Carmen en calidad de padrino de municion, sin sospechar del banquero, que había desperdiciado una ocasión magnífica de acreditar á los ojos (porque no conocía el secreto amoroso de su señor) la eficacia de sus servicios extraordinarios y especiales.

Juan de Dios, después de explicar á su mujer y á su hermana el resultado de su entrevista con D. Buenaventura, se fué á cobrar la letra remitida por el tío providencial é inverosímil de Luisa, mientras las dos jóvenes volvían á su casa resueltas á activar los preparativos del viaje, convencidas de que convenía á los intereses comunes abandonar al día siguiente, sin más tardar, la Villa y Corte, y trasladarse á la tierra de promision.

No hubo violacion de correspondencia. Aunque el pliego de D. Buenaventura despertaba en gran manera la curiosidad de Carmen y Luisa, se abstuvieron de penetrar el secreto de su contenido en ausencia de Juan de Dios. A bien que su impaciencia duró poco; pues tan luego como hubo hecho efectiva la letra de diez mil reales, Juan de Dios volvió á su casa, con el propósito de escribir á su inesperado protector. Luisa le entregó la abultada misiva del banquero. Contenia valores y una carta, que el jóven leyó en alta voz y decía lo siguiente:

«Estimado Juan: Sin duda no nos hemos entendido. Adjuntos te remito los cinco mil duros que te tengo ofrecidos como justa y merecida recompensa de tus servicios; y en prueba de lo mucho que aprecio el celo, la inteligencia y la lealtad con que me sirves, cuenta desde este mes con el sueldo de veinte mil reales ó el que consideres necesario para atender á tus obligaciones.

«Te espero en mi despacho para hablarte de un negocio urgente, que hará necesaria, por algunos meses, tu presencia en Paris, y cuya gestion me propongo retribuir generosamente y en la medida de tu deseo.

«No dejes de venir á verme tan luego como leas esta carta.»

Juan de Dios leyó con asombro estas breves pero sustanciosas líneas. ¡Cinco mil duros de gratificacion palpables y efectivos! ¡Veinte mil reales de sueldo ofrecidos con la protesta de alterar la cifra á satisfaccion del interesado!

¿Otra comision extraordinaria, remunerada con la largueza de que tan evidente prueba tenia á la vista!.... Juan de Dios no acertaba á comprender la causa de aquella súbita explosion de generosidad, ó, por mejor decir, se la explicaba á su manera: se la explicaba á la manera de las almas candorosas, incapaces de seguir las veredas tortuosas de la malicia. Don Buenaventura estaba profundamente arrepentido de la mala accion que acababa de cometer: sus dádivas y sus promesas eran el resultado de un acto sincero de contricion, y no habia más que dejarse llevar de aquella ráfaga bonancible para llegar á un puerto seguro donde poner á salvo la navecilla del porvenir.

Cuando la sorpresa y la emocion le permitieron el uso de la palabra, el jóven miró alternativamente á su hermana y á su mujer.

—Y bien, vamos á ver—les dijo.—¿Qué me decís de todo esto? Habéis oido la carta de D. Buenaventura, y veis aquí—añadió mostrando los billetes de Banco—una muestra evidente de que al lado de ese hombre teneis asegurada una posicion. ¿Qué hago? ¿Qué me aconsejáis?

—Lo que yo te aconsejo—dijo Carmen con entereza—es que devuelvas inmediatamente ese dinero y esa carta, y recales todo acomodamiento, por ventajoso que parezca, con ese señor.

—Está bien. Se hará vuestra voluntad; pero conven-gamos....

—Convengamos—interrumpió Luisa—en que eres un santo varon. Di-me, Juan, ¿cómo te explicas la portentosa trasformacion de ese hombre, que acaba de arrojarte á los piés una limosna?

—¿Qué sé yo?.... La conciencia.... Un acto de reparacion....

—¿Y no te dice nada el extraño impulso de curiosidad que le ha obligado á correr en tu seguimiento, sin reparar en los inconvenientes de su traje casero?

—En efecto—respondió Juan de Dios con inquietud, procurando leer en los ojos de su mujer la última palabra de aquel alarmante interrogatorio;—la agitacion con que don Buenaventura me ha preguntado....

—Quién era Carmen y dónde vivia—interrumpió la jóven acentuando estas palabras....—¡Gracias á Dios, que empiezas á abrir los ojos á la luz! Pues bien, los cinco mil duros que acabas de recibir; el aumento de sueldo con que te brinda tu principal; la perspectiva de otra mision especial, cuya magnífica recompensa se deja á tu albedrío, son el precio en que ese miserable estima tu deshonra!

—¡Mi deshonra! ¿qué dices, Luisa!

—¡Tu deshonra!—replicó la jóven.—¿Recuerdas la aventura que te conté, hace poco, de un atentado cometido por don Buenaventura contra el honor de una amiga mía?

—Si.

—Pues esa amiga....

—¡Eras tú!

—No. Era tu hermana.

Juan de Dios miró á Carmen con espanto.

—¿Comprendes ahora—añadió Luisa—el sentido de la extraña pregunta que te ha hecho hoy D. Buenaventura y el negocio especial que hace necesaria tu presencia en Paris?

El jóven se puso pálido como un difunto; pero no respondió palabra. Guardó en el bolsillo, con mano trémula,

los valores que le mandaba D. Buenaventura, y tomó el sombrero para salir. En aquel momento llamaron á la puerta. Era el Mercurio del banquero, y venia á recordar á Juan de Dios que su principal le esperaba con impaciencia para tratar de un asunto grave y perentorio.

— Espere V. un momento— le dijo el jóven con frialdad, ofreciéndole una silla.

Y entrando en su despacho, tomó la pluma y escribió estas líneas:

«Excelentísimo Sr. D. Buenaventura: Lo que no he podido recabar con mi honrado trabajo, no lo quiero deber á una infamia. Hasta hace pocos momentos no he sabido cuán de cerca me tocaba cierta historia de seducción que no hace honor á sus canas. Devuelvo á V. sus cinco mil duros, con la carta que me asegura mayor lucro en pago de no sé qué servicios extraordinarios, y me despido de V. para siempre, con el sentimiento de haber malgastado en su servicio dos cualidades de mi carácter, que no sirven en este mundo para maldita de Dios la cosa; pero que me son queridas, porque he nacido y me he criado con ellas: la humildad de un cordero y una incorregible buena fe.

JUAN DE DIOS BUENO.»

Cerró la carta, con los billetes, bajo un sobre, y saliendo aceleradamente de su despacho, puso el pliego en manos del mensajero, el cual, enterado ya por D. Buenaventura del asunto de que se trataba, y viendo en el rostro coñido de su compañero de oficina y en el volumen del pliego que le entregaba, la necesidad de transigir oportunamente una *cuestion de amor propio*, se dispuso, con algunas frases de exordio y preparacion, á lucir la oratoria afable y persuasiva de un benemérito zureidor de voluntades. Pero el resultado no correspondió á su buena intencion, porque á las primeras palabras, Juan de Dios le volvió bruscamente la espalda y se encerró en su cuarto, advirtiéndole con estas palabras, enérgicamente acentuadas, de la inutilidad de sus *buenos servicios*:

— ¡No hacen falta parlamentarios!

Luisa terminó la conferencia diplomática abriendo la puerta de la escalera, y despidiendo al emisario de D. Buenaventura con un glacial « ¡vaya V. con Dios! », que acabó con sus últimas esperanzas de una pingüe gratificacion.

VIII.

El viaje estaba dispuesto para aquel dia, y los modestos muebles de la casa, vendidos á precio vil á un trapero, que habia de recogerlos á última hora, con el consentimiento de la portera (porque la portera es un poder que, tarde ó temprano, de buena ó de mala gana, habrá de ser letra escrita en las constituciones de los pueblos). Luisa y Carmen no ocultaban el gozo que les causaba la ruptura de Juan de Dios con su principal, y habian decidido esperar en la fonda de la Estacion la hora del tren. Madrugaron, con la alegría de las conciencias puras que respiran á su placer las primeras brisas de libertad, y sin tener en cuenta el insomnio de las almas atormentadas por la pasion impura, tomaron el desayuno, hicieron los últimos preparativos del viaje, y ya se disponian á abandonar la casa, cuando de improviso se

vieron sorprendidas por la visita de D. Buenaventura, el cual, hallando franca la puerta, penetró, sin pedir permiso, en la sala, demudado el semblante y dando muestras vívidas de una extraordinaria agitacion.

— Juan de Dios— dijo con lengua turbada y balbuciente, despues de dirigir á Carmen una mirada profunda y un saludo respetuoso— vengo á ofrecerte la solemne reparacion de un agravio involuntario. Señorita— añadió acercándose á la jóven— me daré por muy feliz si acepta V. mi mano de esposo y la dote de cincuenta millones, que la asegura esta escritura formal, otorgada con todos los requisitos de la ley.

Y dicho esto, depositó el documento sobre la mesa, y esperó la respuesta de la jóven.

La actitud melodramática del banquero; la alteracion de su rostro; la obstinacion desesperada á que respondia evidentemente en el fondo y en la forma su inesperada resolucion, intimidaron á Carmen y ahogaron en sus labios la desdeñosa y rotunda negativa con que iba á rechazar la peticion. Desde el dia de la emboscada, D. Buenaventura le parecia un monstruo capaz de toda iniquidad. Temiendo exasperar con un desengaño brusco aquella pasion exaltada, que intentaba el último medio de satisfaccion, compuso el semblante, y dijo con tono afable, acompañado de una sonrisa, que se reflejó en el rostro pálido del banquero como un rayo de sol.

— Caballero, no es á mí á quien debe V. dirigirse. Soy huérfana y no tengo más voluntad que la de mi hermano.

Y dicho esto, se despidió con una graciosa reverencia, y llegando á Juan de Dios para darle un beso de despedida,

— Hasta luego, hermanito— le dijo.— Y añadió en voz baja, mientras Luisa, que comprendió perfectamente el propósito de su cuñada, distraía la atencion de D. Buenaventura, dirigiéndole por vía de saludo, algunas palabras, que le obligaron á volver la espalda á Carmen:— Me da miedo. No le irrites. Busca una evasiva.

Salieron las dos jóvenes, sin cerrar la puerta, y desconfiando de la prudencia de Juan de Dios, en vez de bajar á la calle, llamaron al cuarto de enfrente, seguras de hallar auxilio inmediato en las personas amigas que le habitaban, y se quedaron al acecho de lo que ocurría en su casa.

La advertencia de Carmen era inútil. Los caracteres tímidos y pacientes no suelen tener más que un dia para desquitarse de lo sufrido, y cuando llega esa solemnidad, lo celebran de todo corazón.

Así que salieron Carmen y Luisa, D. Buenaventura, despejado de nubes el semblante, persuadido de que sus deseos no se estrellaban contra una invencible y rencorosa antipatia de la jóven, y recobrando con la fe, por un momento turbada, de su omnipotencia financiera, el aire de benevola proteccion del superior, dijo, acercándose á Juan de Dios y poniéndole la mano en el hombro:

— Ya lo has oído. Ya has oído lo que ha dicho ese pico de oro.... Porque tu hermana es un pico de oro— añadió inclinando á un lado la cabeza, con los ojos encandilados y la sonrisa de un chimpancé— lo que se llama un pico de oro. Conque, veamos. Estás en deuda conmigo. ¿Qué me respondes?

— Que tomo V. á cuenta esos cincuenta millones— respondió arrojando á los piés del banquero la escritura formal— y le debo el *pico.... de oro*.

Y sin esperar contestacion, cogió del hombro la cartera de viaje, se puso el sombrero, y salió dejando á D. Buenaventura en compañía del trapero y los dos mozos que entraron en aquel momento á cargar con los muebles de la casa.

IX.

Para los desheredados de la fortuna es artículo de fe esta máxima supersticiosa: «El oro todo lo puede.» No es cierto. Calderon lo ha reconocido como una soberanía, y ha estado en lo cierto: el oro es soberano, pero no omnipotente. Una prueba de ello es que D. Buenaventura, á pesar de sus cien millones, no pudo descubrir, en el espacio de un año, el paradero de Juan de Dios, y fué preciso que la casualidad viniese segunda vez en su ayuda, bajo la forma de un agente cosmopolita del comercio, para hacerle saber que su ingrato secretario trabajaba en la casa y formaba parte de la familia del arandelado fabricante de Barcelona D. Federico Pujadas.

Recibir la noticia y correr á la capital del Principado en alas de su incurable pasión, fué negocio de pocas horas. Presentóse, sin perder un minuto, en casa del fabricante, y manifestó al criado que le abrió la puerta, su deseo de ver á D. Juan de Dios Bueno. El criado le invitó por señas á pasar adelante, y levantó el portier de un despacho lujosamente amueblado. Allí estaba su ex-secretario, engolfado en conversacion íntima con un jóven de presencia simpáti-

ca y rostro varonil. La presencia de un extraño no retrajo al banquero de explicar en el acto el objeto de su visita.

— Juan de Dios — dijo mostrando en su tono humilde y sentimental los estragos que habia sufrido, en doce meses de pasión desesperada, el resorte de su soberbia financiera. Os he buscado por espacio de un año, sin poder averiguar vuestro paradero. Vaya.... no seas rencoroso. Olvida los agravios pasados, y concédeme la mano de tu hermana.

Juan de Dios habia olvidado tan completamente los agravios pasados, que no tuvo aliento para responder, y solicitó, con una mirada, la intervencion del jóven que con él se hallaba en el despacho.

Éste se acercó á D. Buenaventura, y le dijo dulcificando con una sonrisa afable y cortés la ironía de sus palabras:

— Caballero, lo que V. solicita es imposible.

— ¡Imposible!

— Sí, imposible. El código castiga el delito de bigamia, y la hermana de este jóven es mi mujer.

Don Buenaventura ha trasladado forzosamente su domicilio á un acreditado Manicomio. Le han visto famosos alienistas: todos convienen en que su locura es incurable.

Su monomanía consiste en creer que, á la manera de un segundo Júpiter, convertido en lluvia de oro, cae á raudales sobre un paraguas impenetrable, bajo el cual se guarece una virtud que se burla de los rigores de la intemperie.

P. GARCÍA CADENA.



ROMA. — ARCO DE TRIUNFO DE CONSTANTINO.

BELLAS ARTES.



* AMOR. *

CUADRO DE HORACIO LENGO. — (Exposicion Bosch.)



LA ODALISCA ⁽¹⁾.

El caudillo abencerraje,
del rey favorito y deudo,
á orillas del Darro tiene
un alcázar tan soberbio,

que la misma Alhambra envidia
sus mármoles y arabescos,
esmaltes y entalladuras,
techumbres y pavimentos.

Mas si en artesones de oro,
atauriques pintorescos
y resaltadas cornisas
son ricos los aposentos,

nada igual á los jardines,
que hacen pensar en el cielo
con sus fuentes de mosaicos,
kioskos y baños turquescos

albercas y surtidores,
arriates de azulejos,
laberintos de arrayanes
y bosques de limoneros.

En una noche de estío,
de esas de dulce misterio,
en que al amor y al reposo
convidan al mismo tiempo

(1) Fragmento de una leyenda inédita que, ilustrada por el Sr. Pellicer, publicará en breve la casa editorial barcelonesa de los Sres. Espasa y Compañía.

del ruiseñor las querellas,
de las flores el incienso,
las miradas de los astros
y los suspiros del viento,

la mora espera á su amante,
perdida la mente en sueños,
en un pabellon morisco
de enredaderas cubierto.

Echada está en alcátifas
y almohadones damascenos;
lleva brial de seda jalde,
de perlas bordado el velo,

ajorca de filigrana,
sandalias persas de cuero,
y un abanico de plumas
de pájaros del desierto.

Ya á una blanca margarita
pide nuevas de su dueño;
ya las hojas de una rosa
en su frente va rompiendo;

rosa que, con ser su hermana,
tiene amarguísimos celos
del color de sus mejillas
y el aroma de su aliento.

Una red de sirgo y perlas
aprisiona sus cabellos,

que si fueran desatados,
arrastrarán por el suelo,

y, al mirar, abrasarian
sus rasgados ojos negros,
si las sedosas pestañas
no templasen sus destellos.

Rojos y húmedos los labios
y á la sonrisa entrecabiertos,
cuando los cierra, parece
que van á estallar en besos,

y si sueña con amores,
toma su mórbido seno
del ala de la paloma
el vivo estremecimiento.

Tiene el candor de la niña,

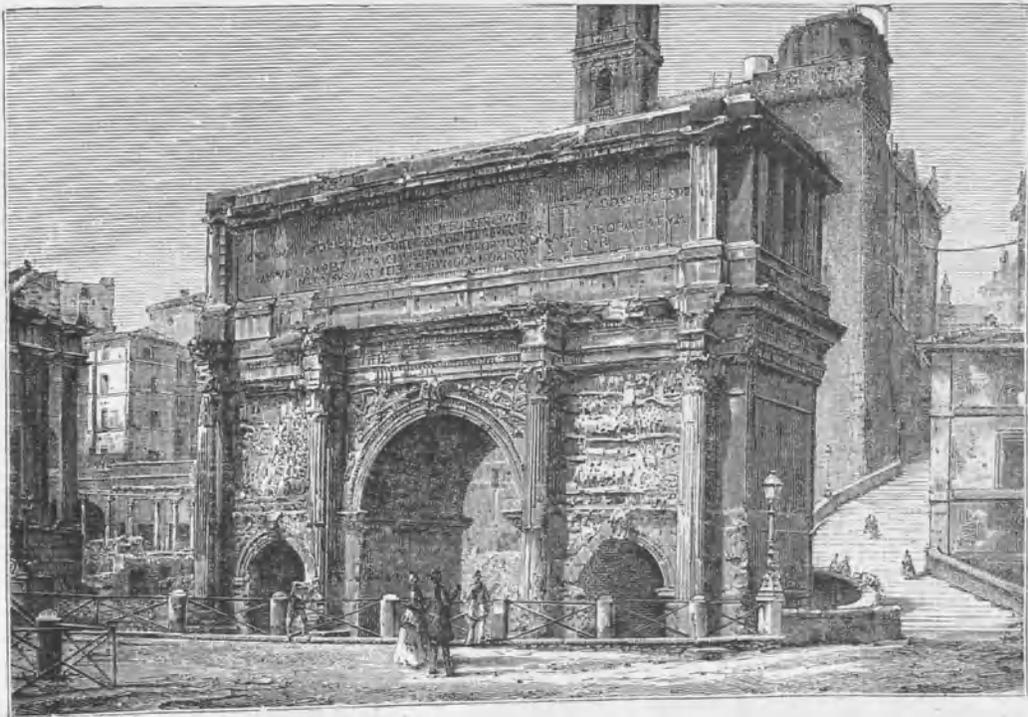
de la mujer el despejo,
de una reina la arrogancia,
y de heroína el denuedo.

Si la miran, se sonroja
cual brasa que aviva el viento;
si la ofenden, ruge altiva
ó abruma con su desprecio;

y su corazon se mueve
á todos los sentimientos,
á los que surgen del mundo
y á los que bajan del cielo,

como junco de ribera
al que estremecen á un tiempo
la brisa que va volando
y el agua que va corriendo.

JOSÉ VELARDE.



ROMA. — ARCO DE TRIUNFO DE SEPTIMIO SEVERO —



NUEVA PRIMAVERA.

Brote del labio lo que el pecho siente ;
 Rompa su cárcel el interno fuego,
 Que nutrí con amor por tantos días,
 Y devorando hasta el postrer rastrojo
 Del seco campo de mi amor perdido,
 Inflame el pensamiento

Con nueva luz de dichas precursora,
 Y el mundo del espíritu convierta
 En realidad radiante de hermosura.
 ¡Cuánto tiempo pasó sin que lograsen
 En el centro del alma resonancia
 Los himnos del placer y de la vida!
 Y en la region de sombras encantadas
 Y de flotantes sueños y quimeras,

¡Cuánta niebla veló la alzada cumbre!
 ¡Qué brava tempestad tronchó las flores!
 ¡Cómo enturbiaba su caudal el río!

Hoy siento que la vida
 Llana á mis puertas en alegre coro ;
 Hoy reverdece mi esperanza muerta,
 Hoy se agolpa en tropel mi hirviente sangre
 Por un filtro genial vigorizada ;
 Hoy tienen para mí caricias nuevas
 Las fuentes y las auras y las flores ;
 Hoy despierta mi espíritu abatido,

Más fuerte tras el duelo y la derrota,
 Como retóña secular encina
 Cobrando esfuerzo doble
 Del hierro mismo que mutila el tronco.

Dejadme bendecir la mano amiga
 Que limó mi asperísima cadena:
 Si aura de libertad de nuevo inunda
 Mis sedientos pulmones;
 Si aún puedo levantar la hundida frente;
 Si aún soy señor de mí, dádiva es suya,
 Suyo el récio valor que ella me infunde
 Con la miel de sus labios persuasivos,
 Y con el blando, irresistible freno
 De su elocuente y clara inteligencia.
 Ella me rescató; por ella aliento;
 Dejadme que la rinda,

Como triunfal despojo, mi albedrío.

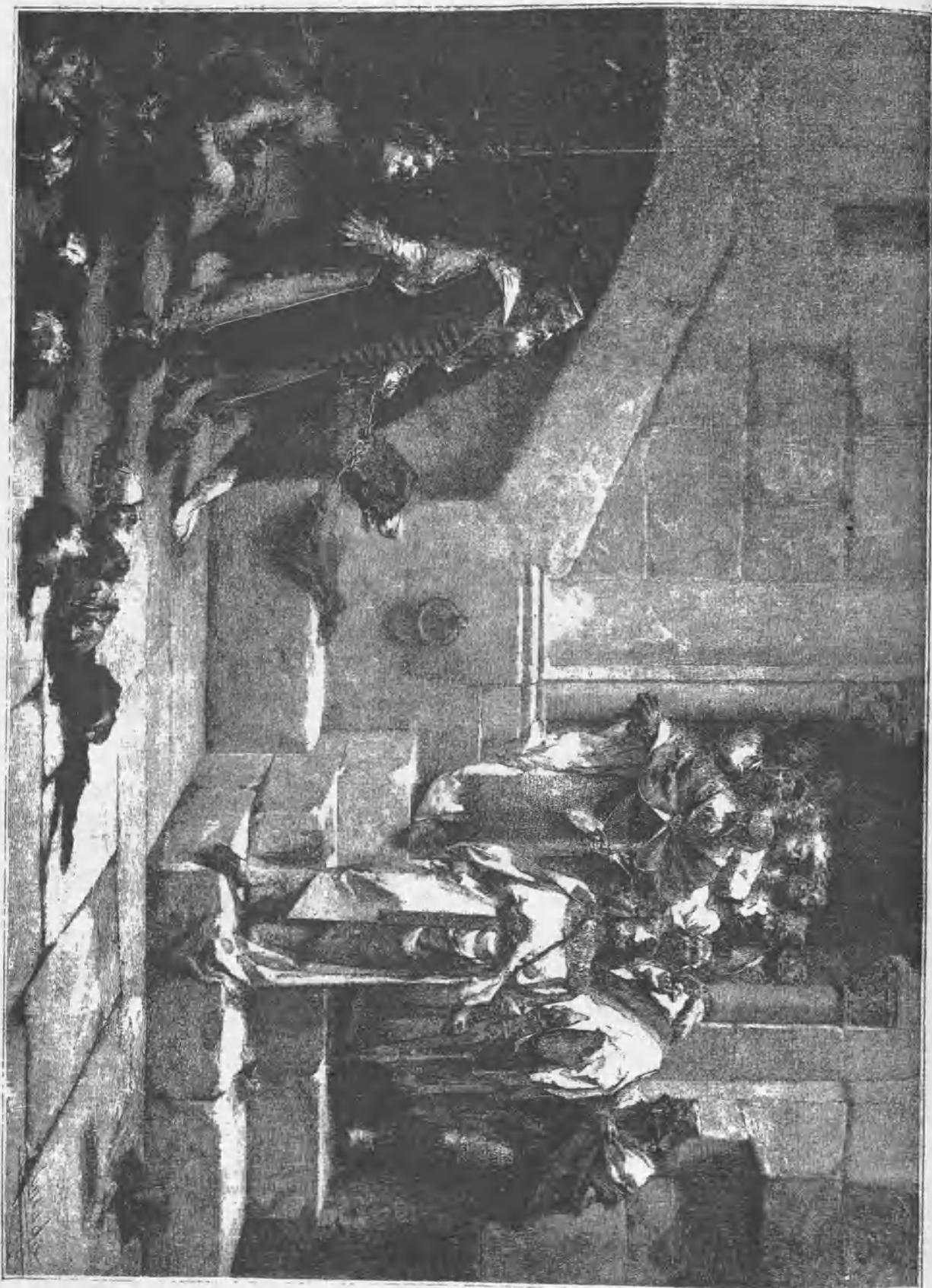
Nunca amé de esta suerte: ¿y quién negará
 Admiracion y amor á su belleza?
 Belleza, no de estatua,
 En su divinidad alta y serena,
 Mármol que extingue en desnudeces castas
 El más osado impulso del deseo,
 Sino belleza irresistible, humana,
 Que no impera tan sólo
 En las líneas del torso peregrino,
 Ni se detiene en la gentil cabeza,
 Ni en los anillos de la forma muere:
 Halago que transpira
 De su voz, de sus ojos, de sus venas,
 De las místicas rayas de su mano
 Y aún del ambiente mismo en que se mueve.

¡Oh, cuántos años de mi vida diera
 Por respirar tan encantado aroma,
 Por vivir de esa luz y de ese fuego!
 ¡Quién confundiera nuestras vidas juntas,
 Como dos gotas de la misma fuente,

Como dos cuerdas de la misma lira!
 En su cauce orgulloso,
 ¡Cual resonará el pensamiento mio,
 Si á acrecentarle con amor bajáran
 De su espíritu egregio los raudales!
 ¡Qué mundos se abrirían
 Ante mis ojos en los ojos suyos!
 De oro y azul estancias fabulosas,
 Nunca soñadas de alarife moro,
 Alcázares de gnomos y de silfos,
 Escondidos talleres
 Donde el martillo de los genios sueña;
 Trémulos lagos donde hierve el oro,
 Y un sol que centuplica sus ardores
 Sobre el mezquino sol de nuestra esfera,
 E infunde en nueva tierra y nuevos cielos
 Una oculta virtud germinativa
 De nueva creación productora.
 Y á la luz de ese sol, yo acertaría
 A perpetuar tu nombre en mis cantares,
 Cual hembra castellana
 Nunca ensalzada fué: como aún respiran
 Las doctas hijas de la antigua Musa;
 Como en Tibúlo, Némesis y Delia,
 Como en Horacio la gentil Glicera.
 ¡Vén á alumbrar mis vigilantes horas,
 A ser la sal de mi desierta mesa!
 Te contaré mil fábulas sagradas
 De amores de los hombres y los dioses,
 Cuanto tejó la griega fantasía
 En la serena juventud del mundo,
 Hasta que al suave y poderoso filtro
 De tanta juventud y tanta vida
 Sientas hervir tu sangre generosa
 Caldada por la llama del deseo.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.





BELLAS ARTES.—LA LEYENDA DEL REY MONJE.—(Cuadro de Casado del Alisal.)
(Museo Nacional del Prado.)

TRABAS DEL INGENIO.



SIEMPRE se ha dicho que el ingenio no quiere trabas; en esto, como en todo, cabe distinción. El ingenio que sólo se alimenta del frío cálculo las rechaza; pero el ingenio que se nutre en la órbita de la inteligencia

al par que surca los vastos espacios de la imaginación, no sólo no rechaza esas trabas, sino que en ellas se goza, por cuanto el mismo fuego que lo consume le hace que luzca con más fulgor. La historia de la humanidad nos patentiza, en todos sentidos, que de la contrariedad nace la energía del alma, la cual tiene reservadas sus fuerzas para quien á la contrariedad hace frente; así, no se concibe un Homero, ni un Demóstenes, ni un Ciceron, ni un Tasso, ni un Milton, ni un Zurbarán, ni un Cervántes, sin la comitiva de las contradicciones, luchas y pruebas; sólo el verdadero ingenio se reputa libre en medio de las cadenas. No vamos á ocuparnos ahora en las pruebas de todo género, á cuyo frente campean la miseria y las privaciones, que rodearán comunmente á los ingenios de toda clase, oradores, poetas, ó artistas, ni tampoco en las contradicciones á los mismos suscitadas por el hálito de la negra y malévolá envidia: vamos, sí, á fijar nuestra consideración en otro linaje de pruebas (más llevaderas, por voluntarias, pero al fin pruebas), con motivo de las trabas literarias ó poéticas impuestas al ingenio del escritor. Y sea la primera de que tratemos, el artificioso procedimiento de hablar en dos lenguas á un mismo tiempo.

En efecto; de gran maestría se necesita estar dotado para poder jugar hábilmente con las palabras que, siendo comunes á dos idiomas, lleguen á formar sentido perfecto á la vez, mediante las leyes de su respectiva sintáxis. De esto pudiera presentar aquí muchos y muy acabados ejemplos en nuestra lengua, con sólo copiar el diálogo en loor de la Aritmética, que compuso el maestro Fernán Perez de Oliva, ó una producción bastante más extensa del doctor Luis Gonzalez, ó bien la carta que con igual artificio escribió Ambrosio de Morales, dirigida á D. Juan de Austria, ó ya una canción de D. Francisco de Castilla, ó otra de Sor Juana Inés de la Cruz, etc.; pero, en obsequio á la brevedad, y en atención á ser ménos conocida, me limitaré á transcribir ahora la siguiente composición que, entre otras muchas de diversa índole, figura en la *Justa literaria ó Certámen poética*, celebrado con motivo de la canonización de San Juan de Dios, en el Convento del Amor de Dios y Venerable Padre Anton Martín, el día 10 de junio de 1691. Dice así esta décima bilingüe, dedicada

Á LA RELIGIOSÍSIMA FAMILIA DEL GLORIOSO SAN JUAN DE DIOS

Glorias resp/ta inmortales
:Oh, Familia religiosa!
Vive, planta fructuosa,
Palmas formando tríadas.

Modos exerce hospitales;
Lutes víbra superiores;
Eximios censa candores;
Heróica, da grandez santos;
Ilustra poetas tantos;
Dignos confirma favores.

No niego que esta composición, latina y castellana simultáneamente, podría ser mejor; pero tampoco se me podrá negar la gran tortura en que se pone al ingenio más aventajado para hablar en dos lenguas á la vez, y en verso.

Á prueba harto dura se pone también quien intenta escribir una composición cuyas palabras todas comiencen uniformemente por la misma letra. Del mismo modo que en el caso anterior, podría aducir bastantes ejemplos; mas habré de contentarme con citar tan sólo el siguiente.

Trátase, pues, de una composición en octavas, hecha por el licenciado Arcaya, asesor del Cabildo metropolitano de Lima, en cada una de las cuales hace constantemente el gasto una misma letra inicial; composición que se hizo con ocasión de celebrar aquella iglesia catedral las exequias de la serenísima señora doña Mariana Josefa de Austria, reina de Portugal, á 15 de marzo de 1756. Dice así la tercera de dichas octavas:

¡Cielos! ¿Cómo canciones cantarémos
Con corazones así consumidos?
Con causa convenientemente
Congojados, confusos, conventos.
Constante compustor conservarémos;
Corran copiosos canes comprimidos,
Considerando nuestro combatida,
Cáido cetro, corona convertida.

Traba, y no pequeña para el ingenio, es igualmente aquella que tiene por objeto presentar toda una composición de grandes dimensiones escrita con la ausencia de una de las cinco vocales. De esta clase poseemos algunas producciones, tales como *Méritos disponen premios, discurso lírico escrito sin a*, por D. Fernando Jacinto de Zurita y Haro, señor de la villa de Villar de Saz, y veinticuatro perpetuo de la ciudad de Jerez de la Frontera, ingenio que floreció en el siglo XVII, á quien se anticipó en algunos años, con igual capricho, el portugués Alonso de Alcalá y Herrera, escribiendo sus *Varios efectos de amor en cinco novelas exemplares, y avevo artificio de escribir prosas y versos sin una de las cinco letras Vocales, excluyendo Vocal diferente en cada Novela*; la *Novela de los tres Hermanos, escrita sin el uso de la a*, que figura al fin de algunas de las ediciones de *El Diablo Cojuelo*, de Luis Velez de Guevara, etc. A este esfuerzo de ingenio puede añadirse el que ha hecho recientemente mi paisano el Sr. D. Adolfo de Castro, al componer en forma dramática cinco jnguetitos, cuyo respectivo artificio consiste: 1.º, en no llevar expreso el verbo; 2.º, en no emplearse el verbo, como no sea sustantivado; 3.º, en omi-

tirsa todo nombre, adjetivo y participio; 4.º, en incluir sólo nombres, sin el aditamento de ninguna otra parte de la oración; 5.º, en dar cabida á todas las partes del discurso, con excepcion de verbos, participios y nombres. Tambien pueden entrar á la parte, tratándose de este linaje de esfuerzos ingeniosos, los varios escritos que poseemos, consistentes en entretajar el discurso con sólo refranes ó locuciones proverbiales, á que cabe agregarse, por último, la *Novela del Caballero invisible, compuesta en equívocos burlescos*. Dispénsesele el no aducir aquí más que una sola muestra de tales escritos; pues, sobre ser más ó ménos conocidos de la generalidad de mis lectores, se haria interminable el presente artículo, invadiendo, por tanto, la jurisdiccion del folleto; es la preciosa poesia siguiente, entresacada de las páginas de *Méritos disponen premios*, novelita, como dicho queda, compuesta sin la letra *a*:

Del premio es digno sólo
Quien mereció sufriendo.
Porqué del pecho firme
Es voz el sufrimiento.
Hudieron mis discursos
Tus ojos, solos bellos.
Que siempre de la hormosa
Lo libró fué profezo,
Tu discurso es mi norte,
Sus locos sigo ciego:
Y quien sin ojos cura
¡Qué pronto vió el despeño!
Siendo su luz mi muerte,
Sólo morir pretendo:
Que donde el fin es gozo,
Quieta! previene el riesgo.
El destino que florea,
Instituto voy siguiendo:
De quien piloto el gusto,
Siempre el peligro es puero.
Mueto, y vivir procuro,
Siendo imposible el medio.
Y es mi remedio solo
El bien que desespero.

Asimismo podria hacerse, aunque con dificultad suma, una composicion cuyas palabras estuvieran representadas en cada sílaba por letras consonantes, supliendo en la lectura las vocales que en nuestro alfabeto se acostumbra adjudicar á dichas consonantes, y usando tan sólo las vocales cuando éstas formáran sílaba ó palabra de por sí; v. gr.: *q l* (cuele), *P p* (Pepe), *e r o* (cetáceo), *a a ch* (aceche), *k ch t* (cacheto), *k l* (cáele), *a c i t* (acéite), *k k o* (cacao), *v t* (véte), *a t o* (ateo), *b b* (bebe), *d b* (debe), y otras muchas. Recuerdo, á tal propósito, una composicion que vi manuscrita en mis primeros años, andaluza á todas luces, pues interviene en ella la letra *e*, usurpando el puesto de la letra *s* al tratarse del pronombre personal *se* y de la sílaba de igual pronunciacian; usurpacion necesaria, por cuanto la letra *s* no se pronuncia *se* en castellano, y sí *ese*. Es como sigue:

s k a t a n e
t d n a y a p t e,
e k b e a y o b e,
y t e d s o b u e.

NI es ménos tormento para el númen el proponerse escribir una composicion donde sólo intervengan palabras monosilabas.

La lengua castellana no abunda en voces de esta clase, que sean significativas de suyo, por lo que creo sumamente difícil, si no imposible, el que nadie llevára á cabo semejante empeño, tratándose de una obra de tal cual extension; por lo ménos, yo no sé que exista ninguna en el habla de Castilla. Pero sí conozco una en el lenguaje valenciano, lenguaje que abunda en monosilabas, la cual se intitula *Deu y lo mon*, debida á la pluma de D. Benito Altet y Ruete, quien dió á luz la segunda edicion, corregida y aumentada, de esta poemita, en el año de 1858, compuesto de 83 octavas reales, la primera de las cuales es del tenor siguiente:

¿Com puch dir, ¿trist de mi! res en just llau
Del Deu que feu lo mon y feu lo cel,
Del Deu que per qui el ven ab bes de pau
Hón sa fé y mor y via baix lo blanc yó?...
¿Què à qui el llau dels Sants tan sols li pian
Y lo cant de's Non Cors dolç com la mèl!
Mes si la ven de l'an fins al cèl va
¿Com nò la ven de l'hom que llau li fa?

Todas esas trabas que acabamos de considerar son un tanto violentas, de donde tiene que resultar forzosamente algo premioso el discurso, por más que honren siempre á sus autores al hacer alarde de verdadero ingenio y de consumada maestría en el asunto en que lucieran su respectiva habilidad. No hablemos ahora de los acrósticos, y mucho ménos cuando este linaje de exigencias se extiende á más del principio del verso, esto es, al medio y al fin, porque exigencias tantas y tan grandes pasan, de trabas racionales, á ser fortísimas y crueles ligaduras, que, atando de pies y manos á un hombre, sin dejarle accion alguna, sólo le permiten que se dé de cabezadas contra las paredes; de ahí que semejantes escritos sean, por regla casi general, verdaderas *calabazadas*. A dicha, tan extravagante linaje de composiciones, muy en boga en los siglos anteriores, ha caido en disuso en el nuestro, con lo que han ganado no poco el sentido común y las letras patrias; siendo de esperar, y aun de desear, que no vuelvan á retonecer esos violentísimos juegos, debidos á una deplorable y calamitosa gimnasia de las facultades intelectuales.

Pero donde, á mi ver, luce en todo su esplendor el mérito del ingenio subordinado á las leyes de las trabas, es en el *pie forzado* que se le da á un poeta. En efecto, las dimensiones fijas ó invariables del marco á que tiene que ajustar su cuadro, haciendo que resalte en él, como motivo primordial, el tema propuesto, y que resalte de manera que no llegue á desentonar en lo más mínimo el todo de la composicion, máxime cuando ese tema obligado, considerado aisladamente, viene á representar una proposicion falsa, ó malsonante, ó inopia, pasando de *pie forzado* á verdadero *pie forzado*, es asunto que supera á toda ponderacion, con tanto mayor fundamento, cuanto que los demas linajes de composiciones en que intervienen trabas y condiciones son producto del estudio, de la madurez y del recogimiento y quietud del gabinete, mientras que los pies forzados suelen ser propuestos á las dotes de la improvisacion. ¿Qué caudal tan vasto de conocimientos no tiene que atesorar en ocasiones de esta naturaleza el poeta improvisador, para poder salir airoso y triunfante del compromiso más ó ménos grave, y siempre inesperado, en que se le ha puesto!

Porque, no hay que hacerse ilusiones: indudablemente que entra por mucho en estos casos la imaginación, gran recurso en los lances más apurados; mas no es esto todo: la imaginación destituida de ciencia podrá salvar acertadamente cincuenta situaciones análogas de ciento que se le presentan; pero sólo la ciencia, auxiliada de la imaginación, podrá salvarlas todas con la oportunidad requerida. Sensible me es el no poder trascribir aquí multitud de composiciones de esta índole, que darían la medida del lozano, vigoroso y atrevido ingenio español en este terreno, por no ofender los castos y pios oídos de algunos lectores, singularmente del sexo llamado débil, aunque para mí tengo que en esta calificación (y dicho sea de pasada) se comete la figura retórica llamada *antifrasis*; contentaréme, pues, con apuntar los siguientes ejemplos. Y si todavía hubiera algún lector que se escandalizara, á la manera de los fariseos, con tales suposiciones, sepa, si lo ignora, que es llegada la ocasión de decir con Voltaire (y su dicho hubiera honrado á la pluma más ortodoxa), que «cuando el pudor huye del corazón, busca su albergue en los labios» (1).

Con el calor del verano
Y los tríos del invierno,
Puede criar una flor
Dios en la punta de un cuerno.

Hizo un famoso ebanista
Un Santo Cristo de pino;
Hizo un demonio muy fino,
Y ambos los puso á la vista.
Puso un célebre organista,
Que goza gran patrimonio,
Y dijo: «Señor Antonio,
¿Qué precio tienen los dos?»
Y él contestó: «Para vos,
La misma es Dios que el dem. nio.»

Pechos en camisas hechos,
Mujeres saben romper;
Y en esto de romper pechos,
Son Jeroálmo es mujer.

Siendo Dios el sumo bien
Y el diablo el sumo mal,
¿Cómo podrán estar bien
Dios y el diablo en un castal?

Pintán á San Roque el perro;
El cordero, á Juan Bautista;
El buco, al Evangelista;
Y al dios Baco, su becerro;
Á San Pedro, por su yerro,
El gallo judica el camlino;
Á Santo Tomás de Aquino
Hleucia su estrella preñada;
Y lo que junto á sí tiene
Son Anton, es un cochino.

Aquel Dios, que veneramos
Por nuestro supremo bien,
Se acercó á Jerusalem
Cierta Domingo de Ramos.
En un borrico, afirmanos
Salió Dios, que humildad sella,
Y dice una pluma bella
Que en Jerusalem entró;
Mas no dice si montó
Dios con albarda, á sin ella.

OTRA DÉCIMA AL MISMO PÍR.

Á un hombre en el campo hirieron;
Y dos, que herido le batieron,
Un burro en pelo tomaron,
Y al lugar por Dios se fueron.
«Bósquese albarda» — dijeron
Los curas con gracia bella;
Y uno, que iba á dar querrela,
Dijo: «El enfermo desmayó;
Que en el burro pronto vaya
De z, con albarda á sin ella.»

Dos señoritas había
Biscando en un jardín:
La una, como un serafín;
La otra, un dragón parecía;
Y viendo la pena mala
Tal diferencia en las dos,
Las dijo: «Niñas, ¿á vos
Quién tales rostros ha dado?»
La fea dijo: «El pecador;
La más hermosa, que Dios.

La mujer, en el querer,
Es un salero con sal.

Que es salero universal
El amor de la mujer.
Mas si da en aborrecer
Aquello que más amó,
No tiene sal, algo yo;
Porque es la mujer, sé infiero,
Salero con sal, el quiere;
Salero á la sal, á mí.

Mostrarme severo y vario
Con la criada convengo,
Porque he notado que tiene

Muchas faltas de ordinario.
Yo le he pagado el salario
Sin ponerle en cielo tasa;
Y si mi cólera pasa
Á extremo de despedirla
Sin querer verla ni oírta;
Es porque no pára en casa.

Yo conquisté á una judía
Debajo de un árbol tierno,
Dónde siempre rejeita:
«Renejo de Dios eterno.»

Pongamos aquí punto, porque, de nó, sería el cuento de nunca acabar, y convengamos en que la última de las trabas que acabamos de considerar es la que más honra al ingenio del hombre.

Pero si convenimos igualmente, y sin apelar á grandes esfuerzos, en que se hace presumible no exista nación alguna que ostente en su Parnaso tantas, tales y tan preciadas composiciones de este linaje como posee la nuestra, ¿no es lástima, ciertamente, que carezcamos de una obra en que se halláran recopiladas todas ó las más de las composiciones de este jaez, que, por no estar escritas en su casi totalidad, pasan de boca en boca desnaturalizadas en no pocas ocasiones? Yo creo que prestaría un gran servicio á la literatura pátria el curioso que acometiera semejante empresa. Y no vale recurrir, lo repito, en defensa de la proposición contraria, al argumento farisaico de que semejante lectura podría ser inductiva á escándalo; nó. Sabido es, de una parte, que, así como los manjares deben ser proporcionados á la edad y al temperamento del individuo, de igual manera no todas las lecturas pueden estar al alcance de todas las inteligencias, pues aunque intrínsecamente no sean dañosas, pueden pasar á serlo accidentalmente; nadie podrá dudar de la bondad de las Sagradas Escrituras, y, sin embargo, por algo prohibían los judíos la lectura del *Cantar de los Cantares* hasta tanto que el individuo no hubiera alcanzado la meta de una edad madura; pues con hacer una edición reservada de dicho trabajo, ya estábamos fuera del paso. Además, nadie ignora que en proponiéndose un espíritu caviloso buscar, v. gr., herejías, las halla aunque sea en el Símbolo de los Apóstoles, pues con desentenderse de las palabras referentes al Hijo de Dios, que preceden en el Credo á su divina pasión y muerte decretada por el cobarde Gobernador de Judea, y decir que.... *Poncio Pilato fué crucificado, muerto y sepultado, descendió á los infiernos y al tercero día resucitó de entre los muertos*, etc., ya tiene conseguido su intento. En resolución, para casos de esta naturaleza, conviene no perder de vista que, tratándose de la moralidad de los actos, *la intención es quien mata, ó sana.*

JOSÉ MARÍA SBARBI.

(1) *La pensée se ré agit sur les lèvres quand elle n'est plus dans le cœur.*



DICIEMBRE. — COMPOSICION Y DIBUJO DE W. HISSOMBE.

EL HOMBRE-OSO.

Déjase fijo que desde Plinio acá, ni ántes tampoco, que nosotros sepamos, no hay noticia de que un sólo naturalista se haya ocupado en el estudio y publicación de las cualidades del *hombre-oso*.

Tampoco sabemos que ninguno de los muchos sabios que hoy se dedican al estudio de la Paleontología, y gastan el tiempo y el dinero en investigaciones prehistóricas para conocer y explicar después la fauna fósil en todas las regiones del mundo descubiertas hasta la fecha, hayan adquirido ninguna noticia que se relacione con la existencia del *hombre-oso*.

Por lo mismo, ignoramos si entre los diversos cráneos humanos que el célebre Mr. Lund encontró en la caverna de *Guniouro*, cerca de *Lagoa Santa*, provincia de *Minas-Geraes*, en el Brasil, enviados por aquel infatigable investigador á Copenhague, habrá alguno que haya pertenecido al *hombre-oso*, pues hasta ahora ninguno de los sabios antropólogos que los han visto los ha descrito ni clasificado, que nosotros sepamos.

El eminente académico Mr. Quatrefages, que ha hecho estudios muy especiales sobre los hombres fósiles de *Lagoa Santa* y sus actuales descendientes, compáralos con los de Europa, y sus opiniones, muy respetables en la materia, son que, lo mismo en este punto que en aquél, el hombre ha vivido ántes que muchas especies de mamíferos, que no existen en la actual época geológica, y hasta es muy probable existiera en los tiempos del *Rengifero*, aunque no haya vivido, según afirma *Gaudry*, en la del *Mammouth*; lo cual nos hace concebir alguna esperanza de que, con el tiempo, llegará á averiguarse que el tipo que nos proponemos describir ha de ser antediluviano.

De todas maneras, nosotros creemos que el *hombre-oso* lo mismo ha podido nacer, crecer y desarrollarse en los más ardientes climas de África y América, que en las frías regiones de la Siberia ó de la Oceanía, y especialmente en las de Europa.

Este mamífero, tal y como hoy existe y es objeto de estas líneas, no le consideramos como una degeneración absoluta de la raza humana, que nace, crece y se desarrolla como una clase especial; en nuestro concepto, fórmase del ente racional llamado hombre, quien en cierta y determinada edad de su vida pasa por una crisis especial, cuyo período dura más ó ménos á causa de una porción de circunstancias que modifican de tal manera su *sér*, que ya le permiten volver más ó ménos pronto á su primitivo estado, ó ya le condenan á continuar *usque in æternum* en ese nuevo que ha tomado.

Con frecuencia vemos personas que, á fuerza de perseve-

rancia y observación, consiguen hacer de un oso un casi hombre, enseñándole á ejecutar el ejercicio del fusil con tanta precisión como un veterano, á saludar á la autoridad con el sombrero que para tales casos le dan, á pararse delante de la más hermosa de las concurrencias que presencian sus habilidades, como si hasta en los osos ejerciera gran influjo la belleza, y otra porción de cosas más que todo el mundo sabe y conoce; pero lo que suele pasar desapercibido generalmente es la manera de convertir á los hombres en osos, transformación que no se debe ciertamente á ningún domador de fieras, pero que acontece con tanta frecuencia, que ya va habiendo tal número de esta clase de mamíferos, que forma por sí sola un tipo especial digno de llamar la atención de los naturalistas y aficionados al estudio de ciertos fenómenos que merecen un prolijo exámen.

No seremos nosotros, ciertamente, los que emprendamos semejante tarea: á nosotros tócanos sólo describir el *hombre-oso*, indicar sus cualidades características, sus hábitos de vida, y cualquiera circunstancia que creamos interesante para conocerle; y en cuanto á lo demás, allá se las hayan esos curiosos que desean saber las causas que tales resultados producen.

El *hombre-oso* puede encontrarse, como ya hemos dicho, en todos los climas, y bajo las más opuestas zonas; pero su verdadera patria, el suelo más fértil para producir semejantes mamíferos, creemos que en España, es Madrid. Como nuestro objeto es sólo ocuparnos de los *hombres-osos* de nuestro país, presentaremos el tipo de esta clase tomándole de los diferentes ejemplares que á cada paso encontramos en esta córte, que con algunas variantes, según circunstancias de localidad, podrá adoptarse también como el retrato de la clase en todas partes.

El *hombre-oso* está en la plenitud de su *sér* desde los diez y seis á los sesenta años de edad; pero durante este tiempo toma tan diferentes formas y aspectos y se vale de tan distintos medios para representar su papel con propiedad, como son las variaciones que á consecuencia de la edad y las enfermedades sufre su cara y aun su cuerpo.

El *hombre-oso* es un *sér* que vive por el amor y para el amor: por eso necesita, por lo ménos, un objeto que ocupe constantemente su pensamiento y sea el móvil de todas sus acciones.

En los paseos, teatros, tertulias, cafés, y en toda clase de reuniones públicas, el *hombre-oso* tiene su puesto: estos y otros sitios son el campo de sus maniobras, y moriría de pesar si se celebrara un estreno de función en un teatro, ó cualquier otro espectáculo, sin su asistencia. Por eso, si pudiera comprarse la facultad de multiplicarse, nuestro tipo emplearía cuanto poseyese en adquirir el medio de estar á una misma hora en el Prado, en la fuente Castellana, en el

Retiro, en un portal de una casa de la calle de la Luna, ó de Atocha, mirando á los balcones de enfrente; preguntando al aguador á qué hora sale tal criada, sobornando á una doncella para que se encargue de entregar una carta á una de las muchas señoras de sus pensamientos, y concurriendo á las Cuarenta Horas en San Justo, á una novena en San Ildefonso, á un triduo en San Cayetano, y á la Visita de la Corte de María en *Las Arrepentidas*. El *hombre-oso* aplica al amor aquello de que *el fin justifica los medios*, y por eso no repara en hacer del templo teatro de sus aventuras; no por impiedad, sino por irreflexion, ó más bien cediendo á una fuerza instintiva y orgánica que no puede contrarrestar.

El *hombre-oso* debe ser soltero; mas como en este pícaro mundo no suceden siempre las cosas como deben suceder, acontece con frecuencia que nuestro héroe es casado, y esta cualidad imprime una nueva faz en su conducta, que en algunas ocasiones da interés ó importancia al personaje.

Nuestro tipo en los primeros años de la vida, es, desde los diez y seis á los veinticinco, busca en las dotes puramente personales, y en la habilidad del sastre que le viste, del zapatero que le calza, del sombrerero y demas *artistas* que contribuyen á la perfeccion y afilamiento de su persona, los medios de hacerse notar de aquella ó aquellas que ha elegido como blanco de sus amorosos tiros.

En este caso los lentes son un gran recurso, y es indispensable un caballo que trote muy fuerte al pasear la calle de la beldad objeto y señora de sus pensamientos.

En la segunda edad, que podremos señalar de los veinte y cinco á los cuarenta años, el *hombre-oso* sigue aún cuidando de su persona: entresaca de su barba y cabello cualquiera imprudente cana que se atreve á salir al público; varia de sastre, porque el que tenía en su juventud le viste con ciertas tendencias reaccionarias, que dan á su figura un tinte demasiado clásico; modifica tambien los cuellos de las camisas, quiere imitar las maneras y modales de los llamados *pollos*, que en su tiempo eran apellidados *románticos*, como lo habian sido antes *lechuguinos*. Hace lo posible por indicar que ya cuenta con una buena posición social; aparenta algun desahogo en la vida, y rehusa cuanto puede las conversaciones sobre la edad y el hablar de sucesos que puedan dar motivo á averiguar la suya.

El *hombre-oso*, en sus últimos tiempos, que son de los cuarenta á los sesenta años, cuida ya tanto su persona, que llega á hacer de ella una ridícula caricatura. Se tiñe la barba y el cabello; pero con tan poco criterio, que se observa con frecuencia que el que toda su vida fué moreno y peliniegro, se pinta el pelo y los bigotes de color rubio, ó se pone una peluca negra, si fué rubio cuando jóven. Imita en sus trajes á los más exagerados *dandys*; pero de exageracion en

exageracion, llega á hacer en él ridículo lo que en los jóvenes es elegante y bello.

Aficionado á lo churrigueresco, usa colorines fuertes, que forman un visible contraste con su edad; quiere aparentar riqueza á fuerza de poner gruesas cadenas de oro en su reloj, sortijas en sus dedos, botones y alfileres con brillantes en las camisas y corbatas, y por último, pinta y escayola su cara, encorseta su grueso abdomen, pone en prensa los juanetes y callos de sus piés, y al andar imita cuanto puede los movimientos y esbelteza de sus rivales de veinte años.

Viviendo, como hemos dicho ántes, el *hombre-oso* por el amor y para el amor, se convierte en la pesadilla, en el tormento de los maridos, de los padres, de los tutores y de los amantes de buena fe.

Es para todos éstos la sombra de sus respectivos cuerpos, una especie de grano en la punta de su nariz, á quien han de ver siempre que abran los ojos; el célebre granadero de la zarzuela *Los Magyares*, de quien no puede verse nunca libre el lego.

Por eso, cualquiera mujer jóven que, segun el orden natural, ha de tener padres ó tutor, marido ó novio, no se usomará al balcon, apénas se levante de la cama, sin que se encuentre en el portal de la casa de enfrente al *hombre-oso* dirigiéndola miradas y queriendo explicarla, por medio de la mímica, la causa por que allí se halla convertido en estatua.

Al ir esta mujer á misa, el *hombre-oso* seguirá sus pasos, se adelantará á abrir la mampara de la iglesia ó á levantar el tapiz que haya en la puerta: si se dirige al Prado, á las tiendas, á la fuente Castellana, al Retiro ó á la montaña del Príncipe Pio, en todas partes se encontrará al *hombre-oso* que sigue sus pasos, acecha sus movimientos, recoge la más indiferente de sus miradas. Si va al teatro, cuente con que, no bien se habrá sentado en su palco ó butaca, cuando ya se encontrará con los anteojos del *hombre-oso*; que, poniendo su mano extendida sobre el corazon, le indique sus amorosos tormentos.

Por último, lectores, el *hombre-oso* es una de las calamidades actuales; una pesadilla continua para el bello sexo y aun para el feo; una especie de verruga, que no hay medio de estirpar, y si al comenzar este artículo dijimos que los domadores de fieras, á fuerza de paciencia y habilidad, llegan á hacer de los osos casi hombres, dejamos ahora á la consideracion de nuestros lectores el resolver la importantísima cuestion filosófica de si es el amor ó la falta de sentido común, quien con tanta frecuencia, y en tan diferentes edades hace de algunos hombres *completos* osos.

EL BARON DE ILLESCAS.

Junio de 1882.



